

LOS COLMILLOS DEL DRAGÓN

(la saga de los cadmeos)

Enrique González Rojo Arthur

**A Alicita, con el perpetuo
agradecimiento por su
colaboración.**

Antesala

El poema que tiene el lector en sus manos es atípico en la poesía mexicana. Es cierto que en ella, donde florece sobre todo la lírica, hay un puñado de poemas largos a los que más que llamar épicos, deberíamos denominarlos filosóficos: *Primero sueño* de Sor Juana, *Muerte sin fin* de Gorostiza, *Canto a un dios mineral* de Cuesta, *Piedra de sol* de Paz, *Cada cosa es Babel* de Lizalde, *Los elementos* de González Cosío y *Cuerpos* de Max Rojas. El texto *Los colmillos del Dragón* no forma parte ni de la poesía lírica, ni de la poesía épica, ni de la poesía filosófica. Pertenece a un género deliberadamente híbrido¹. Yo le llamo *novelema* y voy a dar cuenta y razón de cómo surgió esta propuesta. Con excepción de la poesía social, que trae consigo su propia heterodoxia, la creación poemática predominante en México cuando empecé a escribir, y hasta el día de hoy,

¹Varios nombres podrían emplearse para aludir a este empeño: prosema, prosa poética, poemas en prosa, etc.

se ubicaba o tendía a hacerlo en “el terreno de lo puramente lírico”, de la estructuración de “ánforas sagradas” en donde, además del enlace armonioso de palabras, cabían diversos temas, algunos sentimientos, ciertos afanes y ya. Lo prohibido era la anécdota. Se pensaba y decía que la *poesía anecdótica* implicaba un contrasentido: era el imposible matrimonio entre la belleza en su inmóvil abstracción y la vulgaridad de lo narrativo. Sin dejar de escribir poemas con esa orientación, me empecé a ubicar en la posición contraria: intuí que una de las maneras en que la poesía podría enriquecerse, ampliar su diapason, salir de su encajonamiento, colonizar nuevos y atractivos territorios, era liberarse de su confinamiento esteticista, para tenérselas que ver con el mundo, con la intemperie existencial, y no sólo con lo público y colectivo, sino con todos los haceres y quehaceres del ser humano que podían expresarse en el hecho sabrosísimo de contar algo y hacerlo desde la perspectiva de un esmerado trabajo poético.

En el proyecto de *Los colmillos del dragón*, a más de lo dicho, influyó decisivamente en mi escritura otro factor: el apasionamiento que, desde mi participación en un grupo literario adolescente², he tenido por lo que de jóvenes llamábamos “hallazgos” e “imágenes o figuras sorprendidas” y que no eran sino tropos en general y metáforas en particular. En el grupo de marras, estos “hallazgos”, eran vistos como *finalidades en sí mismas*: como microcosmos, con una estructura cerrada similar a los epigramas, haikús, greguerías, etc. y no como *medios* para algo ajeno a su propia conformación. Alguno de los miembros de ese colectivo³ no pudo liberarse de esa idea del “hallazgo” y cuando hizo poemas extensos –y vaya si los hizo- no llevó a cabo sino un tejido de metáforas en realidad des-hilvanado, aunque con una imaginación metafórica envidiable y única en la poesía de nuestro país.

A mí cada vez me fue interesando más el “hallazgo” no como *fin* sino como *medio*, como

² Que denominamos *poeticista*.

³ Marco Antonio Montes de Oca.

los emocionados adobes de una construcción discursivo-poética.

Había un antecedente en la literatura española clásica: el gongorismo en general⁴ y Luis de Góngora y Argote en particular. Como se ha dicho, en éste la unidad idiomática del poema (*Las soledades, el Polifemo y Galatea, el Panegírico al Duque de Lerma, etc.*), no son las palabras o los fonemas sino las metáforas. Mis *novelemas* están cercanas al gran poeta cordobés⁵, el cual no tiene empacho en unir indisolublemente el cantar y el contar o el ir desplegando la narración mediante un lirismo de la más alta factura. Tengo, desde luego, diferencias con Góngora, tanto desde el punto de vista de la forma (no empleo el hipérbaton, ni soy un feligrés del endecasílabo) como del contenido: no me interesa el aspecto puramente mitológico, ni mi posición está contextualizada en el catolicismo.

⁴ Luis Carrillo Sotomayor, Don Juan de Tarsis y Peralta, conde de Villamediana, etc.

⁵ Quizás influyeron en mí, entre otras cosas, la gran admiración que guardaba la generación del 27 española por Góngora y los homenajes que le hicieron al gran poeta por entonces. También probablemente la lectura de las *Cuestiones Gongorinas* de Alfonso Reyes.

Los colmillos del dragón no es la única *novelema* que ha salido del numen o la “ponzoña lírica”, como decía mi abuelo, que conlleva mi quehacer literario con pasión indomeñable y singular alegría y que, por lo visto, la herencia y el medio ambiente han logrado cristalizar en mí. En realidad se trata de la sexta y más ambiciosa⁶, ya que hace referencia al ciclo mitológico tebano que comienza con Cadmo, “fundador de pueblos”, termina con la muerte de Antígona, pasando por la tragedia de Edipo y sus consecuencias. Para recrear esta historia tomé principalmente como materia prima las múltiples referencias que sobre los cadmeos y los labdácidas aparecen en Eurípides, Esquilo y, sobre todo, Sófocles. A diferencia de George Steiner, que en sus *Antígonas*, examina la trilogía de Sófocles⁷ sobre el tema y la obra de muchos poetas, filósofos, traductores⁸ a la búsqueda de lo que –sobre todo en Antígona– dijo en realidad el gran dramaturgo griego, yo no tengo esa intención ni me siento capaz de hacer un análisis de tamaño envergadura. Por mi parte, pretendo hacer una novela que es un poema (o

⁶ Las anteriores son: *Empédocles*, *Salir del laberinto*, *Abelardo y Eloísa*, *Sublevaciones en el cielo y en la tierra*, *Lisístrata*.

⁷ Edipo Rex, Edipo en Colono y Antígona.

⁸ Entre otros Hegel, Hölderlin, Kierkegaard, Brecht, etc.

un poema que es una novela) de la estirpe tebana, tomando datos de la leyenda, pero sometiendo el proceso escritural a mi imaginación, lo cual implica necesariamente verlo todo con ojos de nuestro siglo. Cadmo, Ágave, Lábdaco, Layo, Yocasta, Edipo y sus hijos (Polinices y Eteocles) y sus hijas (Antígona e Ismene), como también Creonte y sus hijos Meneceo y Hemón, son griegos, tebanos y se hunden en el mito, la leyenda y tal vez ciertos elementos históricos del Mediterráneo, pero también son míos, me-xicanos, de los siglos XX y XXI, y su carácter es una síntesis entre su origen helénico -que va más allá del siglo V A.C. y se remonta a una mitología oral primitiva- y la moderna concepción del autor. La estructura con que diseño cada personalidad del escrito tiene cierta vinculación con los personajes del mito, pero la modelación definitiva -y el carácter simbólico que se desprende de ello- reside, insisto, en mi muy personal interpretación. El tema da para todo. No hay pasión humana o sentimientos de nuestra especie *sapiens sapiens* que no hagan acto de presencia en esta obra: el heroísmo, la cobardía, la temeridad, la venganza, el poder, el amor en sus múltiples formas, el sacrificio, el plegarse o no al destino,

el libre arbitrio, la moral pública y privada, la familiar, la guerra entre los dioses y los hombres, el tiempo, etc. *Los colmillos del dragón* no constituye una galería de historias y sucesos envejecidos, enclaustrados en su gloriosa e infecunda antigüedad, sino que gozan y resultan verdaderamente actuales. El añadido sincrético de mi cosecha, le confiere a la fuerza del mito un aspecto creativo y revelador.

PRIMERA ESTANCIA

Isagoge

Si este texto
hubiere de surgir
con el consabido *dramatis personae*,
tendría que mencionar antes que nada
el **destino**, *timonel del tiempo*,
carril por el que corren los mandatos
sin la hereje desobediencia
del menor desvío;
catapulta de sucesos
y pira inmisericorde de excepciones,
primer actor.

Cronos, “el que todo lo ve”

-como señala el divino Sófocles-
cuyos pies enharenados
por la pasión del viaje,
calzan el reposo, cuando lo vive,
sólo como el andén
de nuevos ires y venires,

segundo actor.

Libre albedrío,

protagonista enmascarado,

con pocos parlamentos,

pero insoslayable

como lo son las paletadas de oxígeno

al horno demandante del pulmón.

¿Comparsa?

*o sólo actor secundario
aunque imprescindible
que, insomne camarón,
nada contra corriente.*

Pero, ojo con ello,
no hay que confundir el destino
con la fatalidad
(o lo probable, clímax de lo posible,
con el “ni modo”,
esa canción guerrera de lo ineludible),
ya que mientras el primero
tiene vasos-de-vino comunicantes
con la libertad,
la segunda es una viajera que,

antes de iniciar su jornada
a lo largo y a lo ancho de la historia,
dicta sentencia de muerte
contra toda conducta que intentase
prender el motor,
pisar el manantial del escurrirse
y tomar a dos manos el volante
del libérrimo actuar del *motu proprio*.
La fatalidad es un ventarrón invisible
que mueve a los homúnculos
-deletreando,
una a una,
las sílabas que forman
la palabra *inexorable*-
en dirección al designio.

No hay vuelta de hoja.

Lo fortuito, al mirarla, se sale del

trayecto,

aúlla su impotencia

-sabe de la agonía del arbitrio-

y se lame las heridas.

Importante es tener en cuenta

el árbol familiar en miniatura,

el bonsái genealógico

de la saga de Cadmo

para no perdernos

en la compleja historia

donde la reencarnación
no es carrera de relevo de las almas,
sino de los más feroces aspectos del
destino
o una transmigración en que las
maldiciones
se cumplen con la seguridad
con que el tiempo,
feligrés de la puntualidad,
jamás se retrasa,
nunca es prematuro
y realiza su encomienda:

❖ Cadmo, fenicio,
hijo de Telefasa y Agenor
y hermano de Europa

(a la que, por órdenes de su padre,
vino a buscar a Grecia).

❖ También esposo de Harmonía (o
Ermione)

y padre de Semele, Ágave, Autónoe,
Ino, Polidoro.

❖ Penteo, hijo de Ágave y nieto de
Cadmo.

❖ Polidoro y Nictéis, padres de Lábdaco.

❖ Lábdaco, progenitor de Layo.

❖ Layo y Yocasta, padres de Edipo.

❖ Yocasta y Edipo, padres de Polinices,
Eteocles, Antígona e Ismene.

❖ Creonte, hijo de Meneceo
(o Megareo), hermano de Yocasta,
esposo de Eurídice y padre de Meneceo
y de Hemón.

Capítulo primero:

Fundación de un pueblo

¿El cielo se agrietó un día
para decir la boca que,
desde el trono del imperativo,
se puso hablar?

¿Las nubes,
mudando de quehacer, chispearon
sílabas hablantinosas
sin otra humedad
que la de la saliva de Palas Atenea?
No sé, pero:
“Seguir las pisadas de la vaca”
fue la orden de la diosa
a Cadmo, fundador de pueblos.

Seguido de este último,
el manantial de leche,
campaneando sus ubres,
sin dejar el olfativo trote con que
andaba,
miraría, oteando el firmamento,
un azul a todo volumen,
en la cima de lo superlativo,
sin pedazos incoloros
o centímetros faltos de entusiasmo,
volvería los ojos a la tierra
para descubrir flores deshojadas
o mariposas muertas
-la vaca no sabría distinguir las-
como indicio de algún amargo

derrumbe de lo bello,
advertiría la piedra insolente
que le mete zancadillas al viandante
y sueña en no sé qué divertidos

descalabros

o vislumbraría a lo lejos o a lo cerca
canes, loros,
riachuelos lubricales,
campanas sin badajo,
ruecas deshilachadas,
hasta advenir a la tierra promisa
del... *de repente*,
del *aquí* al que le nacen raíces
y siente a sus pies expirar
sus sandalias,

donde la ternera se detendría,
estatuándose en ese sitio,
en ése,
en que habría de construirse
la patria de los *Beocios*.

La fundación de este célebre pedazo
de la geografía
tuvo lugar en la noche,
a las doce menos cinco,
a la hora en que el misterio
se esfuerza por llegar a su
clímax de fantasmas.

Sólo tres motivos, tres,
hubieran obligado a la vaca a
detenerse
en Tebas, capital de Beocia:
el hambre,
la fatiga
o un toro vagabundo, urgido por la
brama,
que incuba en los testículos
ensoñaciones y dúos demandantes.
Ahí, en ese sitio,
vivió sobre su lomo
la insoportable carga del tiempo,
el obligatorio

para achicar el espacio,
y hallar el pienso ineludible
para apacentarse,
y descubrió por fin, absorta,
en éxtasis,
la constelación de Tauro
a todo cielo.

Los colmillos del dragón

Poco después, Cadmo
decidió, ay, hacer un sacrificio
con la bendita res
-que pasaría a la historia
por su glorioso olfato de orientación.
Varios de sus asistentes, a una de sus
órdenes,
fueron por agua -indispensable
en la búsqueda
del perfecto sazón de la ambrosía-
para una oblación que era
en honor de la diosa
con la que, por una afortunada química
oxigenante de sus afectos mutuos,
cultivaba un trato maravilloso,

en esos días antiquísimos
cuando dábanse entre lo celestial y lo
terrestre
un toma y daca de favores:
unos, resultado de la inmólación,
que eran como una niebla
-o nubarrones de pájaros aullantes
que ascienden arrojando el lastre de la
tierra
retenida por las plumas de sus alas-
y otros que descendían como lluvia
-o llovizna de aerolitos
envueltos para regalo.
A veces las demandas de los hombres,
partiendo del consabido lugar de

lanzamiento:

la plegaria,

tomaban forma de fuegos artificiales

que, horadando los arcanos azules,

profanaban la santidad aérea;

mas las deidades, ni tardas ni

perezosas,

al sentir allegarse el pedigüeño clamor

humano,

provocaban el inmediato derrumbe

del firmamento

con su reguero de estrellas

arrepentidas.

Pese a todo, la gula de los inmortales

-diré en un paréntesis cuyo contenido
le pisa los talones a la irreverencia-
dedicados a matar el tiempo
dándole gusto a los delirios del
estómago,
es tan proverbial como la de los
humanos
que buscan sin cesar ubicarse
a tan sólo una cáscara
de esa felicidad, jugosa y dulce,
que esconden, recelosas, las manzanas,
las peras y el blindado
charquito de agua fresca de los cocos.
Cadmo no olvidaba que, así como
a Poseidón

le complacían sobremanera los pulpos
en su tinta,
a Atenea la hacían feliz las ubres en su
leche.

Adentro de la cueva, además
de la sed, transparente y huidiza,
el manantial manaba y manaba
la canción infantil
con que la madre tierra adormecía
a su dragón custodio.
El engendro, hijo de titanes, contaba
con triple hilera de dientes,

aliento de cloroformo,
colmillos que,
por su amenazante forma acicular,
se dirían producto
del feroz sacapuntas del destino,
y un escamado cuerpo de serpiente
que ignoraba, al caminar, la línea recta.

Los hombres que iban por agua,
despertaron a un tiempo al dragón
y al apetito de su estómago,
que hasta entonces vivía
bajo la acción narcótica
de la escasez de sangre y carne

humanas

por los alrededores.

En un dos por tres

los hombres fueron paralizados

por el hálito venenoso del reptil,

convertidos en la única parte

apetecible del cosmos cavernícola.

El áspid, en propulsión de muerte,

cayó sobre sus víctimas...

Cadmo, ante la tardanza

de sus ayudantes

-y teniendo en la rueca de sus

inquietudes

el alma en un hilo-

sintió en su pecho

el acelerado latir de una corazonada.
Puso en sus ojos
sus mirares de mejor puntería,
sacó una flecha de su carcaj
-no cualquiera,
sino la que olfateaba
con perfecta precisión su blanco-,
y de algún lugar de sus entrañas
una pétrea e inflexible valentía;
encomendó su alma a la buena suerte,
al regazo misericordioso
de su Palas Atenea
y penetró, firme la frente
-apuntalada por el paso seguro-,
al interior de la cueva.

Al tener frente a sí
el sanguinario espectáculo
del dragón que, sobre sus víctimas,
consumaba su indescriptible carnicería
y, lenta y parsimoniosamente,
daba los últimos retoques
a la masacre, su obra maestra,
El héroe forma un pequeño paladar
con la palma de la mano
para vivir anticipadamente
el sabor de la próxima venganza,
tensa la cuerda de su arco,
pone en la puntería su alma entera
y dando, zás, en la columna vertebral

del asesino

atraviesa su corpachón de lado a lado
y obliga, por minutos que llegan
arrastrando los pies, a que fluya
más sangre de la contusión

y la carnuza

que el agua que brota,
sin pecado concebida,
del manantial liberado por fin
del feroz centinela.

A la manera en que lo inflamable,
crepitando lujuria,

abre las piernas al fuego,
Harmonía se entregaba a Cadmo
con regocijo
y la esperanza de que florecieran
en el capullo de su vientre
semillas *in crescendo*
del árbol familiar;
pero un deterioro de la matriz
-o no sé qué pecado en el
funcionamiento físico-
le produjo,
como trozo de tierra maldecida
por falta de imaginación,
una desoladora, aunque pasajera,
esterilidad.

Por indicaciones
de la diosa de la sabiduría,
Cadmo, de origen fenicio
y tataraviejo de todos los
tebanos,
arrancó los colmillos del dragón
-ya sepultado en su muerte-
con la temeridad y el heroísmo
de la mano derecha.

En un amplio territorio
perteneiente a *Beocia*

-de campo fértil, árboles en manada,
riachuelos en gerundio serpenteo
y riquezas naturales
que colmaban, desbordándolo,
su cuerno de abundancia-;
enterró los colmillos del monstruo,
las semillas de un prodigioso ramillete
de portentos.

Durante algún tiempo
el fenicio,
en compañía de su esposa,
aró el extenso campo,
delineó varios surcos
guiado por el sentido de orientación
de la geometría

y en ellos fue sembrando las simientes
que hundieron ,
en las múltiples matrices de la tierra,
la incógnita más grande de la historia.
El semen condensado y marfileño
de los colmillos,
después de nueve días, nueve,
-en un *menage a trois* de lapsos trinos
que abreviaban tardanzas-
fecundó millas y más millas
de la gleba,
dando a luz,
a oxígeno con los brazos abiertos,
a atmósfera de naranjos en flor,
nuevas criaturas: los primeros cadmeos.

o florecerán minúsculos titanes
(con un oxímoron jalado de los pelos
para que prontamente
adquieran la estatura
que les corresponde),
o generarán algún tipo
de nuevos e inesperados
hombres y mujeres?

Sucedió que de pronto
los terrones del humus fecundado
empezaron a removerse
con parturientas contorsiones
y enseguida, poco a poco, aparecieron
primero los puntitos de unas lanzas,

después el arranque de unos tallos de
metal
que, como si florecieran hacia adentro,
dejaron ver los cascos y sus plumas
de cabezas que brotaron
seguidas de los torsos, las espaldas
y los brazos de especímenes,
un tanto carnisechos,
con pinta de soldados.
Como en todo nacimiento,
la nueva especie humana
(traspasando la frontera del dolor
que separa la gestión del existir),
sacó primero la cabeza
que se fue asomando poco a poco al

medio ambiente

y estrenó su nariz,
sus ojos, su boca, sus orejas
y un asombro indescriptible
que, en surgiendo, sacudióse
el polvo coagulado.

Estos primeros hombres, que

comparten

cromosomas de lodo y de dragón,
nacidos en la Tebas primigenia,
surgieron plenamente conformados
-dejando la niñez y pubertad
en el seno terrígeno-

como guerreros,

amantes de lóbregos periplos
y victorias encharcadas en sangre,
con la muerte entre ceja y ceja,
señores que encontraron
en la guerra de todos contra todos
-masacre sin embargo niña aún-
la primera forma de relacionarse,
de intercambiar palabras incendiarias,
de saludarse torturándose las manos,
de encarnar la sorprendente vía
de nacer, saborear el oxígeno
y morir.

Aplaudidos por Ares,
el patrón de la cólera en activo,
oyeron la consigna,

clamada a todo espacio:

“Odiáos los unos a los otros
como Dios manda” ...

Fueron también azuzados por Hera,
que aborrecía a Cadmo, el hermano
de Europa

-una de las más odiosas conquistas
de su frívolo consorte.

(Hera, dígolo entre paréntesis,
usando el catalejo de la suspicacia
para escudriñar los puntos cardinales,
soñaba inútilmente con amordazar los
ímpetus

empapados de lujuria

que, de la cintura abajo,

traían loco a Zeus,
y proclamar un edicto
para que las diosas,
heroínas, titanes hembras
y mujeres
que merodease su marido,
cerraran a piedra y lodo sus piernas
y escupieran todo *sí* que la libido
deslizara entre sus dientes.
Odiaba con toda su alma, pues, a
Europa
y un poco de este aborrecimiento,
como carambola en el Olimpo,
llegábale al hermano).

Andanzas del primer burlador

Europa tenía costumbre de recorrer

con sus compañeras

la costa de Tiro.

Le gustaba contar las olas que venían

a la playa,

para poder hablarles a sus hijos

del infinito,

del perpetuo fluir de lo instantáneo

y del tronar de dedos de la muerte,

o tan sólo

para deleitarse con el cuento de nunca

acabar

que Poseidón narrábale a la arena

adormecida.

El ganado de Agenor, padre de Europa,
también era conducido con frecuencia
a retozar en estos sitios,

disfrutar de pastura fresca

y retacarse los ojos de nubes y de

espuma

para que las vacas dieran una leche

cremosa,

caliente,

en el perfecto estado

de lo que está en su punto.

Un día Europa, jovial, recatada,

paseando a su hermosura

entre cangrejos,
conchas y monstruos marinos
ocultos detrás de las palmeras,
fue divisada Zeus y sintió de golpe que
Afrodita
habíale secuestrado el corazón
pidiéndole uno
o a lo mejor el par
de cuernos de la abundancia
por rescate.
Se quedó meditando:
“dos cuernos de la abundancia
por hacer que mi corazón torne a su
sitio”,
y al cavilar en ello,

y mirar cómo Europa se complacía
jugando con vacas y terneros,
tomó la decisión de convertirse en
toro
y sumarse, como quien no quiere la
cosa,
al ganado que, salpicado de mar,
merodeaba en esos rumbos.

Era un bello toro, blanquísimo
(con una blancura de dientes de niño
negro),
fuerte,
ágil,
dueño de esa piel sedosa

que imanta caricias
y es como la almohada,
poema de Morfeo,
que atrae las sienes anhelantes de
olvido.

Tenía también un bramar que se oía
como cuerno de caza
delicado y quejumbroso
y hacía que los mortales y los
inmortales
se sentaran en su redor
a escuchar su concierto de mugidos
con horizonte en luces *obligato*.

La joven Europa,
toda avidez por el cornúpeta,
le dio a saborear flores y adornó de
guirnaldas
su testuz y su cuello:
era un toro galante,
ornamentado con traje de luces,
un regocijo carnavalesco,
un lomerío de lustrosa epidermis
hecho para las yemas de los dedos,
brochazos de tacto,
abrazos en la cerviz
y besos delicuescentes por doquier.
El toro dobló las patas traseras,
dulcificó en un pianísimo bramar

sus malas intenciones, campaneó sus
criadillas
e invitó a la joven, con ese movimiento
de engañosa dulzura,
a subir a su lomo.

Ella, arrebatada, abrió los muslos
y encaramándose al animal,
añadió a la cordillera del espinazo
taurino

su pequeño, pero húmedo y ardiente,
montículo de Venus.

La bestia, con tan soberbia carga,
se aproximó al mar,
olfateó las espumas en salmuera,
le guiñó un ojo a Poseidón

y se echó a nadar vertiginosa,
intempestivamente
y sin tornar los ojos hacia el hueco
que Europa había dejado,
diluyéndose poco a poco,
en la arena.

Nave de carga de cuatro remos,
volvió las pupilas hacia arriba,
se guió por la constelación de su
pertenencia,
navegó durante largo rato a la deriva,
o a la mala de Dios,
pero finalmente vinieron en su ayuda
las luces giratorias,

los dedos amorosos de la bienvenida,
el pastor coruscante
que, desde su torre,
busca en la oscuridad a sus ovejas.

El toro y su conquista
lograron entonces arribar
a la isla de Creta.
Zeus podía por fin cantar victoria,
teniendo en el deseo
la mejor y más gloriosa partitura
de su brama.

Europa, mientras tanto,
había abierto los ojos

y su entusiasmo por la bestia
se había vuelto agua de mar
entre sus dedos.

Podría afirmarse que, desmontada
de su sueño flotante,
había vuelto en sí.

Y se decía desesperada:

“Ah si pudiera deshacerme de esta
bestia execrable”.

Deseaba golpear al animal,
destruir sus cuernos y que sólo quedara
de ella,

cabalgando en la espalda del astado,
su desprecio.

Eso deseaba.

Pero Zeus, hojeando los estados de
ánimo

de la moza,
y siendo un viejo lobo de mar
de las inextricables vivencias femeniles,
volvió a las andadas.

Y es que, quien respiró una vez
la atmósfera del paraíso,
no está dispuesto a dar marcha atrás,
aunque la súplica se desgañite.

Se transmudó entonces en águila
para reconquistar a la moza
que se le había introducido
como plomo ardiente

en el tuétano de sus huesos,
desde diferente óptica:

desde la del águila,
el pájaro estratega que no columbra lo
lejano,

sino que lo vive en sus pupilas
y que aventaja al toro
por sus enormes alas,
capaces de medir la atmósfera,
aprisionar a una virgen,
y ponerse así,

con la mujer,
a conversar del cielo.

De este modo, pudo Zeus
-para escándalo de su consorte-

poseer al fin a Europa.

Burlarla y poseerla.

Reemplazar en sus manos

los rayos y su futuro estruendo

por una parvada de suspiros que picoteen

los embelesadas orejas de Europa.

Y hacer, al enlazar los cuerpos,

que ella sintiera en su intimidad

aletear un orgasmo que emerge

del águila hembra nacida en sus

entrañas.

Europa no se quejó ya entonces.

Afrodita se aproxima a su oído

y la calma diciéndole:

“No debes ignorar que desde ahora

tienes por amante a Zeus”.

Y comienza a relatarle:

el toro primero y el águila después,
que habían bramado y aleteando junto

a ella

escudriñando el deseo femenino,
no eran sino metamorfosis del dios,
estrategias para paladear las
prohibiciones.

Afrodita le anunció además

que todo el territorio

que se ubica frente a Creta,

al este y al oeste,

llevaría su nombre.

Eso la consoló definitivamente.

Pero, ante los problemas iniciales
de los cadmeos,

Palas Atenea no podía
seguir cruzada de brazos
amamantando la indiferencia
y haciendo cabriolas
con las musarañas.

Simplemente no podía.

La diosa había tomado partido
y, a la par de los iniciales
y torpes pasos de los beocios,
de sus pechos fluían, blancamente,

bendiciones,

consejos,

rumbos.

Los primeros hombres

Irene, la diosa de la paz,
la fabricante de las banderas blancas,
las mesas de negociación,
el “rompan filas para siempre” de los
ejércitos,
decidió inmiscuirse
en el cerebro de Cadmo
-quien, permaneciendo neutral
en la contienda de los guerreros,
había inaugurado los ademanes blancos
de la tregua,
y también en el de cinco cadmeos,
cinco,

que clamaban, con “el quíntuple balar
de sus sentidos”,
por una paz divorciada del tiempo.

Todos supieron oír.

Era una tribu que nacía a sus primeros
pasos

y a las respiraciones de lo nuevo.

Irene, enviada por Palas Atenea,
mostró a estos seres dendriformes

los pasadizos secretos

a la concordia,

el pacto de sangre con la buenaventura

que le da la espalda

a toda cobardía,

o, al menos,

con la serenidad que nos enseña
que el ámbito extendido
entre el nacimiento y la muerte

naturales,

debe ser un número cuantioso pero

preciso

de respiraciones.

Así nació el *contrato social* entre estos

entes;

convivencia no sin lucha de puños,

miradas de odio,

intereses particulares tapizando las

distintas trincheras,

ponzoña al menudeo y conflictos

de alta tensión,

pero al fin convivencia,
relativa,
andrajosa, pero soportable,
con momentos de luz lunisolar
y tormentosas precipitaciones
de negrura.

Y Tebas, con Cadmo
y su esposa Ermione
como guías,
fue la calzada real
por donde la historia de este pueblo
emprendió sus primeros ires y venires.

Pero (y en este *pero* aúlla
la maldición que fue transmigrando

en diversas criaturas de esta historia),
la cicuta en flor
de la venganza que cultivase Hera
en el tiesto de su cálculo futuro,
estaba lejos, ay, de marchitarse.

Las primeras mujeres

La ausencia de mujeres,
el mal endémico de la soltería,
tuvo entre los tebanos rápida solución:
después de sembrar
los colmillos de la bestia,
Cadmó había guardado en una caja
(verdadero cofre de sorpresas)
los dientes del dragón.
El baúl de tesoros
no era de piedras preciosas
donde la Riqueza
hace que las manos de la Envidia
se retuerzan de dolor,

enfermas de vacío,
más bien de perladas simientes,
encinta de mañana.
Cadmó fue por el cofre, que escondía
en el último rincón de lo secreto,
y Harmonía, su mujer, de origen
ateniense,
tuvo la feliz idea de que ella,
su esposo y algunos más
sembraran también los dientes
en el fértil terreno de su tribu.
Tras el tiempo consagrado para la
gestación,
vieron surgir la pléyade de mujeres
re-queridas,

no engalanadas de guerreras
y con cascos de plumas,
no con zarpazos
en lugar de ademanes,
no con la superficie del cerebro
vuelta sinuoso campo de matanza.

Nacieron con opíparos pechos
que más tarde vendrían
a calmar la blanca sed
de los recién nacidos,
surgieron con brazos y con vientres y
con cuerpos
para dar existencia,
para brindar tebanitos del tamaño

de la ternura.

Dionisos

Cadmo, ya viejo, vivió
lo que podría llamarse “la etapa
dionisiaca”
de la vida de Tebas.

Eurípides nos narra que, venido del
Oriente,
a donde había ido a tomar clases
de la manera de nacer las alboradas,
Dioniso, con su corte de bacantes,
se asentó en el monte Citerón,
a orillas de la ciudad cadmea.

El dios había descubierto

que las uvas fermentadas,
sometidas a una alquimia de ademanes
misteriosos,
producía olvidos bienaventurados:
erradicaba el dolor del pecho,
el rostro del ingrato,
el temor a la muerte que emponzoña
cuando se liba,
en la copa de cristal de la existencia,
el reguero de horas o minutos o
segundos
que han de salir aún a nuestro
encuentro.
Era el descubrimiento del siglo
en toda la Hélade.

Y las mujeres de Tebas no fueron
indiferentes
al licor, de embriagante dulzura,
descubierto por Bromio
y festejado por las ménades.
No fueron indiferentes.
Muchas, ebrios los tímpanos,
huyeron al monte,
a dar rienda suelta a sus deseos,
a dejar la monogamia sin más carta
que un ardiente narcisismo.
Ágave, hija de Cadmo y madre de
Penteo,
entonces rey de Tebas,
oyó hablar del menjunje maravilloso,

partió al cerro acompañada
de un vasallo
que con unas plumas de pavo real
iba borrando sus huellas,
y probó los jugosos milagros de la vid.
Al inicio, parecía un gatito
al que le dan vino rojo
en su plato de leche.
Después de unas cuantas lengüetadas,
el efecto fue visible:
el *ron ron* se adueñó de su cuerpo,
y los maullidos se encaramaron
a la cumbre nevada de su agudo.
Bebe que te bebe, sintió
que algo de muy adentro *se le subía,*

que todo o casi todo eran prejuicios,
códigos con los pies de barro,
costumbres que enmascaraban

fruslerías,

mandamientos, caray,

cuyo material de construcción
era aire solamente.

Al final, consumió

todo el líquido del plato

y entonces sobrevino el furor.

Le crecieron las uñas, los dientes,

la insolencia.

El maullar descubijó su empeño

y devino rugido: una verdadera

fanfarria de *Evohé, Evohé*

de bárbaro linaje y pudor desmayado,
hasta tornarse, a lo último,
un tigre descomunal
carcomiendo el delicioso hueso de sus
furores.

La muerte de Penteo

Penteo estaba, en su interior,
a las patadas con los dioses.

La incredulidad se le había convertido
en el primer mandamiento
de su ley.

Pero las malas lenguas
le untaron de saliva envenenada
sus tímpanos, y le dijeron que Zeus,
el primer burlador de la historia,
el dios sin pudor concebido,
había conquistado a Semele,
hija de Cadmo y hermana de su madre,
una noche en la cálida montaña.

Eso le dijeron.

Y resultó verdad, tan verdad
como que la aritmética se hizo para
contar el infinito.

Preñada por Zeus

(que sufría entonces
un erotismo de alta tensión)

y encinta de Dioniso,

Semele advirtió mes tras mes

cómo lo relativo cargaba en sus

entrañas

lo absoluto.

Víctima de náuseas metafísicas,

tenía antojos esperpénticos

(cocodrilos anegados en llanto,

perdices en flor,
hipocampos de pura sangre),
dormía como un lirón hipnotizado
y hasta sintió
las pequeñas patadas en el vientre
que le propinaba lo divino.

El alumbramiento fue mayúsculo
ya que el rayo de Zeus dio en la mujer,
carbonizándola enteramente,
volviéndola ceniza sin orgasmos.

Semele cayó muerta, pero Dioniso,
el dios-niño quedó a la intemperie,
a la vista de las estrellas,
la curiosidad del aire
y, ay, la mirada escrutadora de Hera.

Zeus, expedito,
ocultó a su infante en uno de sus
muslos
que fungió como segunda matriz
para completar el crecimiento del
vástago.

Ah los hombres, qué dados son a creer
que entre lo natural y lo sobrenatural
hay vasos comunicantes
o pasadizos secretos;
que los dioses pueden encarnar,
nacer de mujer,
de úteros con un afán creativo
entre las manos;

que lo eterno puede nacer
en los pesebres de lo efímero.
Ah, los hombres.

Penteo, hijo de Ágave,
la hermana menor de Semele,
vivía atrincherado en sus dubitaciones.
Cuando supo de la llegada de Dioniso
y su tribu de bacantes al Citerón,
puso el grito en el cielo,
y colocó en su boca,
encimita de la lengua,
las palabras *superstición*,

*embaucamiento,
cerebros obnubilados
por las descomposturas
del sano juicio.*

Dioniso, cuéntase que se cuenta,
había heredado de su progenitor
el poder de desdoblarse:
de aparecer como hombre
-con tres dimensiones, cinco sentidos,
poesía de la cintura para arriba
y prosa de la cintura para abajo-
y seguir en el Olimpo
compartiendo con las deidades,
que ven condescendientes a los

hombres,
el cuento espeluznante
que le narra lo eterno a lo finito.
Mas a pesar de que el rey de Tebas
aprehendió y encarceló a este Dioniso,
no sé por qué artilugios
o ademanes portentosos del arcano,
Dioniso-hombre se liberó por sí mismo
o con ayuda de su *alter ego* en el
allende
y, después de pláticas y pláticas,
convenció a Penteo de lo benéfico que
sería
para un hombre y mandatario como él
espiar a las bacantes y saber a qué

atenerse.

¿A las bacantes?

Sí, no sólo a la corte de ménades

que acompañaba a Bromio

donde quiera que iba

-como la sombra que se halla

zurcida al cuerpo de la mujer y el

hombre

por intronchables hilos invisibles-,

sino también por la mayor parte

de las tebanas,

-a las que Eurípides llama “*montaraces*

cadmeas”,

que, dejando de lado

los penates del escrúpulo,

partieron al monte
con los vientres embriagados
por el rojizo empeño de calmar una sed
de antiquísima cosecha.

Entre las mujeres de la ciudad
se hallaba Ágave que, guerrera de Baco,
poco a poco
se había convertido en militante de su
propio erotismo.

Dioniso persuadió a Penteo
de que, para espiar a las mujeres,
saber de sus pasos, andanzas y
correrías,
advertir si el vino les descobijaba
la honestidad

o si algunas (hermanas, madres, hijas)
pese al poder relajante de las uvas,
no daban, no, su virtud a torcer,
había que vestirse de fémina,
ponerse dos manzanas mentirosas
en el tórax,
esconder bajo un peplo de honestas
amplitudes
el bulto procreativo.

Penteo se acercó, seguido del
dios-hombre,
a la orgía de bacantes.

No las veía bien. Se sintió presa
de una miopía de luces con remiendos
o crecidas pestañas.

Y el temor de ser visto
le amasaba el corazón dándole forma
de oveja amedrentada
que no logra oír el silbo
de su pastor custodio.

Cerca de él había un abeto
que, por sus ínfulas de atalaya
y la disposición de su ramaje,
invitaba a subir, como si hubiese
multitud de manecillas atrayentes
dispersas en la fronda.

Penteo accedió a la cumbre del árbol,
acompañado en su ardua faena
del ridículo y el riesgo,
no con la presteza y seguridad

con que la ardilla
trepa a la copa
a buscar la blindada ambrosía de la
nuez,
ni como se sube el vino,
ingrávigo,
en propulsión de sueño,
a la cabeza ensortijada de las ménades,
sino a duras penas, con la edad
insistiendo inútilmente en mantener
los pies en el suelo.
La rama en que a horcajadas se asentó
por más esfuerzo que hizo
no pudo soportar el peso del espía
y en un crujir pausado y doloroso,

como la voz del bajo que se hunde
en el negro precipicio
de su registro grave,
se entregó, agonizando, a sus jadeos.

El brazo arbóreo sufrió un súbito
debilitamiento de músculos,
e hizo que Penteo se viniese abajo
con todo y su torpeza.

Las ménades, que gozaban
la fase delirante de la bacanal
-cada una transformada en la Artemisa
de su éxtasis privado-
y azuzadas por Dioniso,
descubrieron la mole que caía
de quién sabe qué lugar del cielo

y, precedidas por Ágave y sus
hermanas,
con los tirsos en ristre,
se arrojaron a lo que creyeron
un animal feroz
tan furioso como amenazante.
Ágave fue la primera en atacar
-con Ares en su oreja, convertido
en arete de consejos-
a la intrusa... o al intruso.
En viendo Penteo a su madre
avanzando hacia él,
como un compendio hostil de garras y
de dientes
o un odio al que

le desatan las manos
y convencen que el remordimiento
no llegará al convite,
el rey grita:

“Madre, soy Penteo, ¿no me

reconoces?

No me veas con esa furia lagrimeando

los ojos,

no te pongas los vestidos de la muerte,
muéstrame tu aprecio,
no me escatimes el regazo”.

Dentro de su vestimenta femenil,

rasgada por el ramaje y la caída,

y arrepentido de la burda mentira del

disfraz,

Penteo extiende la mano hacia la
mejilla materna
y, devorándose atropelladamente el
tiempo,
la convierte en una manecita
que intenta bosquejar un arrumaco.
Ágave la rechaza como a la venenosa
pata de un insecto.
El hijo enseguida se mueve en extrañas
contorsiones
hasta ubicarse en posición fetal
como queriendo despertar con tal
postura
la memoria de una madre
sumergida en la tierra pantanosa

de la amnesia.

No sólo había sido Penteo
quien pusiera en duda
que Semele hubiera sido fecundada
por Zeus

-como si la esencia del cielo
se pudiera introducir
en un grano de polvo-,
muchos tebanos lo habían acompañado
en su peregrinaje por la tierra baldía
de la incredulidad
y fueron, como aquél, acusados por
Dioniso
de rebaño de impíos.

El ojo por ojo de la venganza
hizo que Bromio, feroz, no viera,
no, no viera
a qué extremos llegaba la inenarrable
represalia de su iracundia.

Sorda a los alaridos, la madre

enloquecida

le desgarró a Penteo la carne con las

uñas,

hincó los dientes en uno de los

hombros

y su boca al poco rato parecía

haberse revolcado en un amasijo de

granadas.

La turba de bacantes

despedazó al monarca:
por un lado quedó la cabeza,
por otro las manos y los dedos.
El corazón,
los riñones,
los testículos
y un conjunto de terribles menudencias
quedaron esparcidas
por múltiples y variados escondrijos.
Solamente un zenit con ojos de ave
carroñera
podría avisorar dónde se hallaban
las piezas necesarias
para reconstruir el rompecabezas
del cuerpo de Penteo.

Ágave, clavó en su tirso
la testa del león
que creía tener entre sus manos
-y que no era, ay, sino la de su hijo-
y caminó, zarandeándola, hacia Tebas.
En el punto en que el delirio
deja atrás la cordura
y, poniéndole mordazas a la lógica,
le rinde pleitesía a la demencia,
Ágave colocó la cabeza
del descuartizado animal sobre su tirso,
como lo hace la victoria
con el símbolo de su triunfo
alzado hasta las nubes.

Seguida de sus hermanas
llegó a la ciudad, donde el rey,
al contemplar el espectáculo,
casi se ahoga en sollozos,
como un esquife que hace agua
y esboza ya el naufragio,
por la muerte de su nieto
y la locura de su hija.

Y hasta es posible que Ares,
en insólita distracción de sí mismo,
improvisara un lastimoso treno
en el arpa de sus emociones.

Ágave insistía en que esa cabeza
que llevaba, desangrándose, en el tirso,

era la cabeza de un león,
con su gruñido muerto,
transformado de golpe
en el dulce susurro
del último suspiro.

Cadmo, a la puerta del palacio,
no podía dar crédito
a lo que, con alaridos de pupilas,
le decían sus ojos.

Trató de convencer a su hija
de quién era,
qué había hecho,
a quién llevaba en el tirso.

Ella lo miraba con ludibrio
y desde la atalaya

de su ciega alucinación.

Y sólo después de grandes y dolorosos

esfuerzos,

la hija volvió a sus cabales

y al círculo, ay, del infierno que el

destino

le tenía reservado.

El fundador de la estirpe,

a quien Tiresias

le había arreglado el ánimo

para que en él cupieran cómodamente

la confianza en Dionisos

y el sentirse orgulloso

de ser el abuelo humano

del hijo de Zeus y Semele,

convirtió su cuerpo
en un templo en ruinas, con un dios
también desmoronándose.

El viento helado
de la abrupta ausencia de la fe
le congeló el espíritu
e hizo tiritar a sus más arraigadas
convicciones.

Lanzó una mirada torva
a la parte del cielo por donde navega
el Olimpo,
sacó a la intemperie una herejía
pequeña, debilucha,
con el peligro inminente
de crecer;

pero, gimiendo,
buscó el itinerario
de la retractación,
de la culpa hipnotizada,
elevó plegarias al arrepentimiento
y frenó su boca, su hálito, su saliva
a mitad de una blasfemia.

Segundo capítulo:

Lábdaco

Lábdaco, “*el de las piernas desiguales*”,
entra en la saga cojeando,
pero con la aquiescencia de un destino
que, reloj con segunderos de
arena,
norma sus acciones puntualmente.

Su discapacidad

-andar como piragua

en el mar encrespado por la brisa-

no era el producto de un accidente

en que él, bajando por una escalinata,

sintiera que los escalones
se le transformaran de pronto
en peldaños de jabón
que lo hicieran resbalar
directa, limpiamente,
hasta el exacto sitio
de su desgracia.

O en que un truhán,
para arrebatarse la bolsa
o quedarse con los últimos latidos
contantes y sonantes de su vida,
le asestase una puñalada
en una pierna que lo dejó baldado
en sus ires y venires.

No.

Fue un defecto en los genes
de su predestinación
urdido por aquella furia de las furias
desposada con Zeus.

Como rey de los cadmeos,
hijo de Polidoro y Nictéis la fenicia,
nieto de Cadmo y abuelo de Edipo,
Lábdaco no sólo renqueaba
físicamente,
acorazando sus pasos de tortuga
con meticulosa cautela,
sino que la atrofia mental
no lo hacía apto
para ser el timonel, la brújula y el faro

de la gobernanza.

Su padre Polidoro

lo había iniciado en el arte

del arco y la flecha

y llegó a ser tan hábil en estos

menesteres

que fue de su autoría

la orfandad de decenas de huevos

en sus nidos

y la transformación en lianas silenciosas

de las serpientes de cascabel

que se atrevían a deslizarse por los

andenes

de la amenaza.

Sus éxitos bellacos en el arte

del disparo de vientos venenosos
le esculpió un alma de cazador
y de guerrero.

Como si hubieran firmado
un pacto de sangre con la sangre,
o como si los guerreros
que nacieran de los colmillos del
dragón,
hubieran dejado como herencia a los
tebanos

un afán incontrolable
por arreglar los diferendos,
no en la mesa de las negociaciones
sino en los puños, las lanzas,
la lucha cuerpo a cuerpo,

odio a odio,
estuvo siempre en conflagración
con Atenas siempre, siempre.
Como si vivieran la riña de nunca
acabar,
con Ares a la batuta
de este concierto macabro
que presentaba en su compás final
(antes de que el silencio
le diese infinitud a la sordina)
hombros tasajeados,
orejas encaramadas a las ramas de los
árboles,
manos chorreando sangre
a sólo 56 centímetros de sus

cuerpos,
cabezas tronchadas cuyos ojos
cumplían, con esfuerzo inaudito,
su último parpadeo,
estuvo siempre en conflagración
con Atenas, siempre, siempre,
y todo esto
pese al convenio de paz
(que le dio ciudadanía a la convivencia),
y cuya escritura se secó con el aleteo
de una paloma blanca.

La gente, a pesar de los opíparos

recursos

de la ciudad, el campo, el río Dirce,

las faldas del monte Citerón,
el criadero de caballos
famoso en toda la Hélade,
y un pueblo entregado a las artesanías,
el comercio, la agricultura y una música
que el ruido de la guerra no nos
permite oírla,
se enfrentaba a problemas
que, robándole la serenidad,
la subían a la cumbre
de lo inalcanzable:
la ausencia de muchachas
y el litigio de fronteras con los
atenienses.

Cuando algunos cadmeos
se robaron a unas jóvenes
de los pueblos aledaños
-sobre todo atenienses- y cayeron en
cuenta
de que, en desvistiéndolas,
eran engalanadas por la belleza,
cuando echaron la mano a retozar
con lo más vedado de lo prohibido,
Pandión, rey de los atenienses,
puso el grito en el cielo
escudriñando en el aire
la insinuación corpórea de Temis y de

Astrea;

desenvainó su iracundia,
la blandió con denuedo,
y, tras de hacer una implacable

degollina

de escrúpulos y vacilaciones,
buscó tierra adentro su venganza:
sus hombres, precedidos por el

escuadrón de la sorpresa,

ampliaron los límites
del territorio ateniense en perjuicio
del tebano.

Y, como la tierra siempre ha producido
manzanas con el gusano de la

discordia,

sentó las bases para el desquite
de los labdácidas.

El rapto de las mujeres
no tuvo similitudes con la cacería
de la zorra o el antílope.

No hubo caballeros

caracoleando sus corceles,

ni canes de cacería

-con olfato de siete leguas-,

ni un cuerno

enmielando los oídos

de los asesinos.

No tuvo semejanzas tampoco
con el rapto de las sabinas,
cuando Rómulo invitó a sus maridos
a las festividades de Neptuno
y los hombres llegaron,
ingenuos,
con sus mujeres,
entonces los de Roma,
que no eran sordos a los cantos de
sirena
de la tentación,
arrebatan las esposas
y expulsan de la ciudad a los sabinos.

El rapto de las atenienses por los de

Tebas

fue más sencillo:

un robo hormiga, al menudeo.

Si los tebanos ,

cada uno por su parte,

encuentran que una mujer se baña en

el río,

otra labora el campo

o recoge frutos,

una más tañe la cítara,

las toman sorpresivamente

por los hombros, la cintura o el

descuido,

les tapan la boca

-y únicamente ventiscas de silencio

llegan a Atenas-

las suben a sus espaldas

como si fueran novillas.

Ellas se defienden como pueden,

pero un rasguño o el esbozo de un

manazo

son como los forcejeos de un suspiro

contra la imposición de una mordaza.

La fuerza del raptor las inmoviliza

y sienten que su libertad en un segundo

se les desmorona.

Los hombres, ya con su presa,

corren a la ciudad como la liebre

que sufre el aliento de los perros

en sus talones.

Las escenas transcurren con la mayor

ferocidad

y hasta los ancianos muestran,

enardecidos,

inesperados cosquilleos

en las manos y la desvergüenza.

Todas las mujeres padecen luna de

hiel

de la violación.

Las desarraigan,

les hacen una permuta del ambiente:

casas, templos, costumbres,

pájaros, rostros, palabrerío en las calles,

son distintos.

Las cambian de novela.
Les mutilan el nombre,
les enmascaran las huellas digitales.
Las alejan de sus hijos
y las ponen muy pronto,
arañando el futuro,
a tejer nuevas células
con las sutiles agujas
que trabajan en sus úteros.

Las atenienses raptadas
no supieron, más tarde,
convencer a los hombres de ambos

bandos,
como las sabinas,
de la buena ventura de la
reconciliación,
Y entonces sobrevino la *polemos*,
la interminable pugna
de un pueblo contra el otro,
la guerra que, al perpetuarse
entre pactos mentirosas y volubles,
mantiene amores clandestinos
con una eternidad menesterosa, sí,
pero insistente,
como cuento-de-nunca-acabar
que narra el infierno
al corro de finitos,

mocosos,
inquietos,
que lo escuchan embobados,
puesta su atención a todo volumen.

Habla Heráclito:

*“Homero maldice la máxima ley
cuando hace votos de que la guerra
desaparezca de entre los hombres
y los dioses”.*

El efesio era, a decir verdad, filósofo
realista,
que no le hacía sacrificios y libaciones
a los buenos deseos,
ni le echaba incienso a la idealización.

En la época de Lábdaco,
que renqueaba en sus designios,
Beocia fue derrotada por Atenas
(que recibió ayuda de Tereo,
el rey tracio)
y vivió los sinsabores de la derrota,
los acueductos de acíbar,
las manos sin dedos,
la cabeza vendada,
el demente que se extravía en su propio
laberinto,
el ciego que, manco también,
es tuerto de manos,
el cúmulo de viudas y de vírgenes

expuestas al Argos lujurioso
de la intemperie,
el tragar, en fin, el polvo del derrumbe.

Pero los tebanos, sobre todo las
mujeres,
a estas alturas del despeñadero,
soñaban que, con la ayuda de Amor,
un día, un día,
veinticuatro horas sin pausas,
alguien dictara sentencia
contra los humanos belicosos,
se les encerrara
en sus respectivas camisas de fuerza
o se les arrojase a un calabozo

donde no pudieran
emprender más batalla
que la de sus frentes contra los muros.

Como un mal vergonzoso, hereditario,
escondido en los genes del destino,
el rey Lábdaco provocó además la
maldición

en sus descendientes
al negarse, como el otro en el pasado,
a realizar sacrificios, obsequios,
libaciones, carantoñas a Dionisos.

Las bacantes

-aquellas feligresas

del divino alquimista que,

al pie del cielo,
descubrió la piedra filosofal de la
embriaguez-,
lanzan su maldición contra la estirpe
de los cadmeos y los labdácidas.
A semejanza de Penteo,
Lábdaco, pese a la lentitud de su
caletre,
se opuso a los ritos descocados
de Dionisos,
segando uno de los impuestos más
jugosos
de los cielos a la tierra
y, falto de previsión, también como
Penteo,

fue hecho trizas
por las devotas seguidoras
de Bromio enardecidas,
por la hueste de furias desbocadas,
sin rienda,
brotando mala leche de sus pechos.
Su arco y su flecha no le ayudaron
para maldita la cosa,
como el explosivo
que, pirómano,
de pronto es empapado
por el agua bendita
de la lluvia.

un asombroso manantial de olvidos?

¿Su vagina no podía, no,

embarazarse de añoranzas,

conjugar en pasado sus verbos?

¿Su vulva, que se extraviaba en la sólida

bruma de la amnesia,

acabó por volverse, ay, mala

fisonomista?

¿Se trataría de una perversidad

que había sabido ocultarse

en esa gruta (que posee estalactitas,

estalagmitas y un turbión

de murciélagos)

del inconsciente?

¿Estamos frente a un olvido natural
o en el desfiladero de lo sospechoso?
¿Un placer que boicoteaba los designios
de lo vedado?

Yocasta, que tan repetidas veces
había cohabitado con Edipo,
¿se angustiaría alguna vez pensando
-en los últimos rincones de la
intimidad-
que el que saboreaba gozoso
sus células más íntimas
(en los momentos arcoíris
de la excitación),
era quien un día brotase de ella,
con gritería de pájaros en la garganta,

por el mismo lugar, el mismísimo,
donde la reina
pariera los gemelos de siempre:
la contagiosa alegría del bebé
y el inolvidable dolor del nacimiento?

Después de su intercambio de
improperios con Tiresias
-que se resistía a dar el brazo
de la verdad a torcer-
y de su última conversación con
Yocasta,
cuando sus acciones intercambian

secretos

en el cuarto oscuro de la connivencia,

Edipo no sabe qué pensar

de sus ojos:

cuando quiere ver,

lo que se dice ver,

el polluelo de su vista no logra

quebrar el cascarón de su ceguera,

y hasta las pupilas,

dilatadas por el esfuerzo,

lo condenan a recorrer

la progresiva inmolación de la luz

en una galería de penumbras tomadas

de la mano,

que, como él, buscan inútilmente la

salida.

Empero, cuando se resiste a ver,
y es víctima del despropósito
de que las pestañas se le

enmarañen

al grado de impedir a las pupilas
decir la nube, el mar o el universo

mundo,

mira como nunca,

como Argos con miríada de células

desorbitadas,

como ciego renacido por los ojos,

como antena que absorbiera,

en señales cada vez más dolorosas,

la verdad en lumínicos fuetazos.

Edipo no sabe qué pensar, ay,
de sus ojos.

Mas al dar, por fin, el paso
(el trueque de sus retinas
por una hemorragia de alaridos
que generó cuarteaduras en los muros
del alcázar)
los glóbulos oculares del rey
rodaron por el vientre,
y, tras de tropezar con sus tobillos,
dieron en el suelo
con un tenue temblor gelatinoso
como coágulos de miradas ya podridas,
donde dos charcas de negrura

pestilente

salpicaron los alrededores

y convirtieron el suelo

en resbaladizo y pegajoso.

Cómplice de la fatalidad,

el rey perdió, con los ojos, el sentido;

las sombras invadieron su cerebro

como enjambre de negrísimas abejas

que forjan el dulzor del inconsciente,

y durmió acurrucado en su desgracia

el tiempo indispensable

para abrir, al despertar,

dos infinitos pozos de negrura.

Capítulo cuarto:

Antecedentes

Toda tragedia tiene anticipaciones,
amenazas que ponen en los cielos,
con los fugaces días del relámpago,
gruñidos pavorosos.

El pasado y el presente
se arremangan la camisa y se escupen
las manos
para gestar el drama por venir.

Los dicterios y sus empujones
al abismo,
son hereditarios.

Los augurios no se muerden la lengua

ni se andan por las ramas pepenando
falsedades;
más bien, cronistas de pequeños
infiernos,
hacen la historia verdadera de lo que
aún
no tiene el pasaporte de las fosas
nasales
para entrar a la vida.
¿De dónde, cómo, cuándo nació la
maldición
que, amanuense del destino,
condujo a Layo,
a un lugar al que sus pies,
oyendo el clamor

de sus arrependidas huellas,
no deseaban, no, llegar puntuales?

Todo ocurrió porque al hijo de Lábdaco,
válgame Dios, le gustaba la fruta verde,
la que atraviesa los momentos púberes
de la maduración,
aquella que, como instrumento
musical,
se halla en el instante
de la afinación de sus jugos y su pulpa,
en los preparativos de la madurez,
a un paso de estar en su punto
y seducir
al paladar de la lujuria.

Azuzado por la prohibición,
Layo raptó a Crisipo, el hijo efebo de
Pélope,
rey del Peloponeso.
Y dejó a sus espaldas al rey indignado,
a sus propios escrúpulos,
a la tradición
y su enlistado de episodios
en el corte de caja de lo permisible.
Pélope lo maldijo: “que no tengas un
vástago,
un heredero de Tebas,
y que si lo tienes,
él, y no otro, sea el que le ponga

zancadillas a tu pulso
y haga brotar de tu boca
el vómito completo de tu tiempo”.

Más tarde, cuando Yocasta arrojó
de la cuna-paraíso de su vientre,
hermética y mullida,
el fruto de sus noches sin descanso,
Layo quiso saber qué opinaba
de su paternidad
el oráculo de Apolo.

Y el dueño del futuro,

el ser afortunado que
con la bola de cristal de su cerebro
rebasaba la miopía,
confirmó la maldición de Pélope:
por atreverse Layo a profanar
el aliento admonitorio de los dioses,
la ley de bronce de la prohibición,
cuando menos lo esperase
las manos de su vástago ahorcarían
su último suspiro,
y la causa de su derramamiento de
sangre
sería sangre de su sangre.
Astilla de su tronco,
la fuerza del muchacho embarneció

hasta llegar a la edad madura
del garrote,
cebada por el tiempo.

Yocasta, temerosa del augurio,
desde el engañoso escondrijo
del control remoto,
mandó a un criado
a deshacerse del hijuelo
de sus amores
-que se removía en los pañales
como un erizo de chillidos.

El sirviente, en los aledaños de la piedad,
se lo entregó a su vez a un mensajero,

con el mandato de que lo abandonase
en el borde resbaloso del final
precipicio de su tiempo,
para que, dicho pronto,
le arrancara de la palma de la mano
la línea de la vida.

El mensajero, compasivo,
no queriendo cargar en su corazón
los despojos del pequeño,
lo condujo al paraje llamado Citerón,
le puso grillos en los pies
para impedir que intentara regresar,
y lo abandonó en las proximidades
de otro reino:

el reino de Corinto.

Los reyes del lugar lo ampararon,
lo recogieron como si fuera su retoño,
descendiente de su linaje estéril,
y él creció con la creencia
de que Pólipo y Mérope habían sido
-guardería protectora, pero falsa-
sus progenitores.

Cuando años después,
Edipo salió del palacio
al safari de augurios,
el oráculo sentenció
que él daría muerte a su padre
y perdería la virginidad con su madre,
el joven creyó que se hallaba

ante el vaticinio de que mataría a Pólipo
y se refocilaría con Mérope
y , aterrado, huyó del reino
donde la dicha fue el mejor de sus
juguetes,
con la conciencia de que el parricidio
y el tabú del incesto
son dos de los pecados más ilustres
del destino.

Edipo echó a andar, sin saber qué hacer
con el estado de ánimo que le removía
las entrañas,
hasta arribar a un sitio
donde se mezclaban en sus pulmones
las atmósferas

de Corinto y de Tebas.

“Romero alucinado”, llegó,

en su peregrinar,

a un cruce de tres carreteras

y vio venir hacia él un carruaje

-con el lento crujir de la amenaza-

precedido de una escolta

y ocupado por un hombre.

Adelante de la comitiva,

un individuo con ojos de ave

carroñera,

tuvo la intrepidez de hacerse

de palabras con Edipo,

desenfundar vocablos vejatorios,

sintonizar su lengua en la estación de
las injurias,
y empuñar la muerte.

Mas el joven, aliado con el brío,
la energía y el canto guerrero de sus
músculos

y dueño de una juventud
que se hallaba en su nivel más alto:
a orillitas de los dioses,
se deshizo de golpe de su atacante
e, instalado en la premisa
que oye el canto de sirena de las
conclusiones,
pasó por las armas de su furia
a todos los integrantes de la caterva

-salvo uno que puso los pies
y el afán de vivir en polvorosa-
y mató de un bastonazo
al señor del carruaje.

Después de haber dejado tras de sí,
con las miradas fijas para siempre,
al hombre de la carroza
y a sus acompañantes,
Edipo, los pies a la deriva,
continuó su caminata,
su sembradío de huellas
donde, regado por lo efímero, germina

un pretérito que nace poco a poco.

Antes de ir a su cita con la muerte,

Layo vive a las patadas

con su sexo.

Hablan diferentes idiomas.

Chocan en sus concepciones del

mundo.

Se dan las espaldas

y dicen pestes el uno del otro.

Al acostarse los cónyuges,

el órgano reproductivo del varón

se dormía como un bendito
acurrucado en sus sueños
y en la almohadilla de su propia carne,
dejando perpleja a Yocasta
y a Layo, al día siguiente,
con un mal sabor de boca
en los paladares de la virilidad.
No fue así tiempo atrás,
cuando la diosa del amor,
acostada con la pareja,
impedía que el sueño
subiese al tálamo durante toda la
noche,
y en que el varón,
en dulces secretes de esperma,

fecundaba el óvulo más concupiscente
de la Señora
creando la redondez,
la jaula o la prisión,
donde no sé qué poderes fabricaron
el feto escandaloso del siguiente
miembro de la estirpe.

A Layo la sensualidad
se le fue deshojando de los dedos
en caricias secas, desidiosas.
No sólo se enfrió con su mujer
(la madre del retoño amenazante

que, según el vaticinio, habría
de degollar su pulso
el día menos pensado),
también se le empezó a pudrir
el deseo por Crisipo,
a quien –en intrépida lujuria

subterránea-

se había llevado como paje de la corte
o “hijo adoptivo de palacio” como decía

Yocasta.

La mujer, insatisfecha,
con todas sus zonas erógenas
en abandono,
polvorientas se diría
si ella no echara mano del jabón,

el agua de rosas,
la pulcritud del deseo
-la más íntima de sus vestes.

Un día, en que el esposo
había salido de palacio,
Yocasta le regaló a Crisipo
-su predilecto paje-
una mirada provocadora,
una caricia en el pómulo,
una efímera suspensión de su recato,
un seno que relampagueó promesas
e hizo que la lujuria

dejase la castidad de su molicie.

La invitación fue captada por Crisipo
como la sed advierte

los rumores de alta fidelidad
que el arroyo canturrea.

Y la reina y el paje

fueron enredaderas enredadas
en la misma pasión,

cuerpos que se unen y separan,
se separan y unen

en el afán secreto y sudoroso

de una mujer entrada ya en ardores

y un joven con esperma enloquecido.

La reina, protegida

por la reservada militancia

de su adulterio,
al sentir y sentir
la vera voracidad de la vara varonil,
obligó a su vagina a convertirse
durante algunas horas, días, semanas
más y más al masoquismo
y al embrujo que se logra
cuando un cierto escozor le pisa los
talones al orgasmo,
y encontró en la dolencia
una dulce,
dulce lumbre,
dulcedumbre
en la red de paladares
de sus poros hambrientos.

Yocasta se pregunta: “¿por qué este
joven,
que podría ser mi hijo, me deleita?
¿Por qué lo que podría haber saltado
de mi útero al encuentro de su primer
suspiro
y dar de pies a boca con la luz inicial
que, niñera como nadie,
lo acoge entre sus dedos,
es tan suavemente arropado en mis
entrañas?
¿Por qué la juventud de un niño paje
se me mete entre las piernas
del deseo?

Capítulo quinto:

La Esfinge

En llegando a un montículo
desde el cual se divisaba
la ciudad de las siete puertas,
dio de pies a boca, a la vuelta del
silencio,
con el susurro
-ese vientecillo letrado,
ubicuo, trotamundos-
de que un león,
o mejor un águila
o mejor una mujer,
estaba recorriendo y amagando

la campaña.

Se dice que Hera se escandalizó
por la paidofilia de Layo
con Crisipo,
y que su venganza
contra los cadmeos,
los labdácidas y del propio Layo,
fue echar mano de la *Esfinge*,
que se dedicó a asolar las tierras
con la saña del asesino serial
de una epidemia
y el morbo itinerante de un huracán

de rapiña.

La Esfinge tenía bello rostro de

mujer

-aunque con fugaces guiños de

demonio-,

senos que, con su mala leche,

se desvivían por amamantar

el temor de los cadmeos;

cuerpo de león –que reinaba

en la selva de sus malos instintos-,

cola con ínfulas de sierpe ponzoñosa

y alas que la decían

dueña de no sé cuántos acres

de firmamento.

Su manjar preferido:
pescuezos en su jugo escarlata
con una guarnición
de lechuga campestre.

No era un vampiro,
un erótico caballero malhechor
-astuto como el que más,
colmilludo como nadie
cuando daba, en la noche propicia,
con el insomnio de un cuello-,
sino un vulgar coyote
que, en haciendo de sus labios
una mínima trompa de succión,
tornaba a sus víctimas
en un santiamén

en exangües corbachos.

Las musas le instruyeron

en el arte de formar enigmas,

palíndromas venenosos,

pequeños acertijos

que guardaban sus respuestas

en el escondite de la paradoja.

El monstruo cargaba un fardo lleno

de vocablos sospechosos,

de doble cara y poco fiar.

Palabras veneno.

Palabras precipicio.

Palabras cadalso.

Palabras tobogán que,

siendo en extremo resbaloso

al hallarse aceitado
por la ley de gravedad,
si alguien tenía el infortunio
de caer en él,
iba zás directamente
a la ratonera
de los ingenuos sorprendidos.

Como peste que, desde el cielo,
va identificando seleccionadas
pistas de aterrizaje,
la *Esfinge* vuela de un lado a otro
a la busca de sus víctimas.

Se aproxima lentamente
a la inocencia del campesino

que sólo conoce retazos del idioma
y un puñado de palabras
de mano muy pequeña;
baja y, repentinamente,
hace muecas y guiños espectaculares
con el objeto de ganarse la atención
para hacer oír
alguno de sus cientos de acertijos.

*Dice: ¿Cuáles son las hermanas
que se engendran mutuamente?*

El pobre hombre inquiere,
desesperado, a su recuerdo,
a su imaginación, a alguno de los dioses
que vuelan de común rozando
las sienas de los mortales,

y tiene que responder:

mi Señora, lo ignoro.

Entonces la protegida de Hera,
proclama, con insultante placer:

el día y la noche.

A continuación da un salto
y se devora al campesino
con todo e ignorancia.

A veces, desde el ramaje de un árbol,
vislumbra caminar a una mujer
cargada de espigas y de niños,
y la llama para decirle:

¿Cuál es el volátil, entre los volátiles,

que hace viajes redondos

al más allá?

La mujer desliza una respuesta:

el ave del paraíso, insinúa;

el pavorreal, se retracta.

Y la *Esfinge*,

revestida de suficiencia,

prorrumpe: no, no,

es el *ave fénix*.

Y apenas formula la respuesta,

se le afilan los ojos, las garras y el

instinto

y convierte a la mujer en un bulto

de huesos descarnados.

Cuando pasa junto a ella Crisipo,
que, en un camino de muerte,
estuvo a un espacio milimétrico
de ser tasajeado por lo imprevisible,
y que iba con un cuaderno bajo el
brazo,

le espeta:

¿Qué cosa hay en el mundo

que brinda mocedad

y no es el manantial de la juventud,

protege del frío

y no es una hoguera,

embellece el rostro

y no son los afeites,

es un regalo del espejo

*y no es un eco de Narciso
y, por último, quien la usa
no tiene un pelo de tonto?*

El individuo lo piensa muchas veces, pero sólo atina a proclamar:

Señora, mi saber

se halla distribuido por todas las partes

de mi cerebro,

menos, ay, en la punta de mi lengua:

Ignoro de qué me habla.

El monstruo, divertidísimo con la

respuesta, explica:

se trata ni más ni menos

que de *la peluca*.

La Esfinge

que no sabe de la piedad
ni de oídas,
y que la falta de imaginación
y la indigencia de neuronas,
le abre el apetito,
brinca sobre la víctima
y corrobora su certeza
de que la carne humana
se ubica a nivel más alto
del progreso de sabores
en la evolución de las especies.

Edipo se acerca a la *Esfinge*,
sin que ella se percate
de que un oído, el imán de vocablos

más potente que registra la historia
de las orejas,
se encuentra espiándola,
y escucha el enigma que el esperpento
le arroja a una joven
que lleva un lechón entre los brazos:

¿cuál es la casita

que tiene 21 ventanas

por las que se asoma la fortuna?

La chicuela se pone dos dedos en la

frente

como hurgando en sus neuronas.

Pero, ay, su imaginación se encuentra
tan en blanco cual su frente.

Señora, no sé, dice anegada en

lágrimas.

La Esfinge, estornudando de felicidad,
sentencia: *el dado*.

La niña quiere largarle el lechón,
regalárselo en su lugar.

Pero la Esfinge,

adicta a la sangre humana,

se entrega a la faena de siempre,

mientras Edipo

se pone a meditar en lo escuchado.

Lo hace de manera intensa, profunda.

Se pregunta por el secreto de los

enigmas,

descubre poco a poco el mecanismo

de su misteriosa fabulación,

el motor invisible que los hace moverse,
como ese poquito de vida
que impulsa al más pequeño de los
gusanos.

Y ya con la mente fecundada
por la reflexión
y el cerebro bullendo expectativas,
se presenta delante de la *Esfinge*,
la cual, más al olerlo que al mirarlo,
mueve la cabeza,
bate las alas
y transmuta en sonrisa toda su boca
en señal de satisfacción
al tener ante sí
la víctima más apuesta y apetecible

de la semana.

La *Esfinge*, con la voz más socarrona
que se recuerde, pregunta:

¿cuál es el animal

que, para desplazarse,

usa primero cuatro patas,

luego dos y finalmente tres?

Edipo tomó la charada

como cosa de párvulos,

como un misterio que tenía

deslices con la obviedad,

una adivinanza con los pies de barro.

Y declaró: *es el hombre*

que, de niño, gatea,

*de adulto, camina a dos pies,
y de viejo se vale de un bastón
para desplazarse.*

La *Esfinge*, siendo fiel a los designios
de la *Moirá*,
empujada al despeñadero por la suerte,
se lanzó a un espacio cuyo fondo
era sinónimo de vacío.

El desgarrador *ay ay ay ay ay ay...*
de la *Esfinge* en su caída,
amaina tan sólo cuando el silencio,
al final del grito,
forja la urna funeraria de su punto final
donde las cenizas estaban lejos de ser

las del ave fénix.

Capítulo sexto:

La gloria de Edipo

El pueblo llevó en andas
al joven triunfador a la felicidad.

Los vítores erigían el océano de

gritos

en donde el viento en popa de su

triunfo

-aire que desmelenaba las neuronas-

soplaba enardecido, embarazando

la vela de su gloria.

Lo cargaron desde el lugar de su proeza

hasta los brazos abiertos

de la gratitud de la corte,

de la reina

y de su pueblo.

En uno de las salas reales,

Creonte, hermano de Yocasta,

le dijo a Edipo, señalándole a la reina:

“He aquí a tu esposa”.

El joven, limpiando de polvo su

atención,

al tenerla de golpe frente a sí,

recibió la sorpresa más grata de su

vida:

estaba frente a su queridísima Mérope,

su progenitora,

tan bella como de costumbre,

tan inaccesible como todo lo

superlativo,
tan deseable –aunque en las buhardillas
anímicas de lo prohibido-
como siempre,
tan generosa con su regazo,
tan delicada con el peine de sus dedos
en la melena que, como los mares,
se resistía a todo alisamiento,
tan pródiga con el palomar de sus
caricias;
estaba, oh deidades, frente a la orfebre
de sus respiraciones, con la reina
que Edipo, ay, había dejado a sus
espaldas
para que los vaticinios de los inmortales

corrieran a enjutarse hasta el tamaño
de los cuentos que no tienen ni pies
(para emprender una verdadera

jornada)

ni cabeza (para hacerlo por la ruta
del buen sentido).

Y aquí, una digresión que no es el

defecto

que le roba quilates al tesoro

de la historia, sino el golpe de pluma

imprescindible

para aclarar

la sorpresa del “de los pies hinchados”
al tener a Yocasta frente a sí:

*Madre naturaleza gusta hacer,
dentro de un común denominador
-en que las distinciones,
arrebujadas en el anonimato,
se comen su propia lengua-
las más contrastantes e infinitas
diversidades:
forma hombres y mujeres, niños y niñas,
viejos y viejas
que tienen, sí, dos ojos, dos oídos,
una nariz, dos piernas y una capacidad,
grande o no, de sollozar pesares
y redondear lágrimas.*

*Pero considerados como individuos,
como puntos que reniegan de la línea,
son desiguales y únicos.*

*¿Alguien podría confundir a Héctor
con Aquiles,
a Agamenón con Áyax,
a Penélope con Calipso?*

*El que hombres y mujeres tuvieran ojos,
uno a la izquierda y el otro a la derecha;
que los parpadearan,
o los velasen, al dormir,
para que la vigilia
-con su cuota de placeres y dolores
amasados por la lógica del tiempo*

*y el lugar-no se
inmiscuyera en lo que no le*

importa:

*en el delicioso desvarío desatado
que carga cada quien
en los subsuelos de su caletre.*

El que todos fueran así, digo,

no les robaba un átomo

a su mismidad,

al pronombre que culebrea

por sus laberintos dactilares.

Mas también Natura,

en las búsquedas de su alquimia,

elabora de cuando en vez

seres humanos tan increíblemente

*semejantes,
tan dobles,
tan parecidos como si fuesen
gemelos idénticos nacidos
de la misma noche de bodas.
Así eran, quién lo diría,
Yocasta y Mérope, quienes rondaban
por aquellos parajes en que lo
parecido
se tutea con la identidad.
Hermosas como ninfas en celo.
Iguales como dos gotas de agua
vistas desde la misma sed.
¿Su similitud
era famosa en la Hélade?*

*¿Era el apetitoso tente en pie,
la comidilla de los postres palaciegos?
No, a decir verdad, porque las reinas de
entonces
no iban publicitando sus
fermosuras
a ocho columnas en las ciudades,
sino que sólo eran admiradas por sus
espejos,
sus maridos y sus sirvientes.
Edipo, cuando joven, estuvo enamorado
de Mérope
como el colibrí sediento
lo está de la flor
que levanta su copa de miel*

*para brindar con sus hermanas
por la vida.*

*Por eso,
precisamente por eso,
al saber de los decires del augurio,
huyó aterrorizado de Corinto.
Y ahora se encontraba de nuevo con su
madre.*

*Pero no. No era su madre, era Yocasta,
el bendito botín
que los dioses y su astucia
para descifrar jeroglíficos de aire,
le habían puesto en sus manos.*

A Yocasta por su parte le impresionaron
la donosura del joven,
un rostro en que colgaba
su antifaz la picardía,
unos dedos, larguiruchos y sedosos,
capaces de descubrir
los escondrijos del éxtasis,
y una astucia sin nombre necesaria
para sacar a la intemperie
todo lo que escondiera a doble llave
la reina en los arcones del recato.
Le admiraron en especial dos cosas:
el extraño parecido de sus ojos y su

frente

con los del difunto Layo
y un lunar en la mejilla izquierda
que no sé qué recuerdos maternos
le traía.

Esencias singulares
condimentaron el placer
de Edipo y de Yocasta.
Él logró desnudar el éxtasis femenino
de los pudores últimos,
desfloró sus reticencias,
e hizo más tarde que el cuádruple
fruto de su esfuerzo

naciera con la estrella
del orgasmo glorioso de sus padres
en la frente.

“Qué deleite –se decía Edipo-
poder ayuntarme con mi madre
sin cometer incesto.

Cómo me hace feliz que los dioses
permitan que mis caricias amasen
la piel de mi progenitora en otro

cuerpo,

no en el prohibido, sino en el profano,
con barnices de impaciencia
y cómplice incondicional de la lujuria
de esta soberana”.

El útero de Yocasta,
en amores con Edipo,
y a pesar del isócrono golpeteo
de la fértil matriz que hay en la rueca ,
enmarañaba los hilos de su maternidad
y durante unos meses
de una estéril y deliciosa complacencia
no pudo concebir;
pero en cuatro ocasiones
-con éxtasis que ascendieron a la galería
de lo inolvidable-
empezó a hilvanar nudo tras nudo
hasta formar cuatro príncipes

-dos hombres, dos mujeres-
que sólo dejaron a sus espaldas
la lujuriosa cuanto fabril artesanía,
cuando cada uno
recubrió sus órganos internos
con el abrigo torpe de su piel.
Y ya desde niños -en cuatro cunas
de muy diferentes maderas finas-,
y sobre todo en los desfiladeros de la
pubertad,
fueron llamados a descubrir,
trazar los mapas
y colonizar las diversas actitudes
que tendrían ante la vida.

En Tebas, las noticias dolorosas
volaban en oscuras
palomas mensajeras.

Llegaron a la gobernante, de modo
casi simultáneo, dos de las más negras
aves de la mensajería.

En una se le informa que su esposo
-ese dechado de imperfecciones
que ocupaba la mitad de su lecho-
ha sido muerto
por una caterva de truhanes.

En la otra se le dice
que Crisipo –el mozalbete

descarrilado por las lujuriosas
mañas del rey
y convertido en paje libidinoso
y a la mano
por la entrepierna en llamas
de la princesa-
fue engullido
por la Esfinge,
víctima de una lengua entumecida
y del fruto agusanado
de un cerebro
no muy proclive, en su lujuria,
a asomarse al ventanal del
raciocinio.

Yocasta, al enterarse

del homicidio doble, se halló
presa de sentimientos encontrados,
ambos con un afán de correr
hacia distinto punto cardinal,
pero, con las tensiones anudadas,
no pudiendo moverse y generando
un ardor insoportable cuerpo adentro.

El contenido de un capítulo
especialmente doloroso
de la estirpe de Tebas,
comienza con la trágica vida de Layo,
esposo de Yocasta y padre de las

células,
los brazos, las manos y el escenario
para actuar el destino,
y culmina con las pavorosas imágenes
de Yocasta muerta en vida,
viviendo su cadáver,
y de Edipo sin ojos,
con apretada sangre ya incapaz
del menor parpadeo.

Del encuentro de Edipo y de Yocasta
supimos ya.

Cómo olvidar lo impresionado que

entonces se sintió

el vencedor de la Esfinge:

Edipo, que acababa

de salir victorioso de su evento,

con la cortante espada de su lengua,

y que decretó que en lo futuro

duelos de enigmas y acertijos

nunca más se llevarían a cabo

en campos de matanza,

vio en la reina,

que era en verdad su progenitora,

la réplica ficticia –repitámoslo-

de su anhelada madre de Corinto.

¿Qué sucedió con la reina

en ese mismo instante

y en los puntos suspensivos

que, frente a sus pasos,

regara el tiempo?

¿Qué, cuando los nuevos cónyuges,

en el abrir de piernas de las sábanas,

y el perder la conciencia de sus límites,

forjaron la cópula

de sus pronombres personales?

Yocasta fue presa de una violenta

transformación de escenarios

y metamorfosis.

Primero vivió, en un tálamo

revuelto por la alucinación,

la extraña semejanza

de Edipo con Layo, su anterior esposo;
hubo incluso un segundo
en que se imaginó estar rehaciendo el
amor

con la osamenta de un recuerdo
y no en la cama sino en una
sepultura mullida ,
acogedora.

Después sintió que Crisipo,
aquel libidinoso paje
que le bebiera las palabras y deseos,
y no sabía decir *no* con ninguna
de los poros de su piel,
oh dioses del Olimpo, resucitaba,
reencarnaba en su nuevo marido.

En cierta ocasión, más tarde,
advirtió, sorprendida,
un lunar conocido en el pómulo
izquierdo
del nuevo dueño de sus arrumacos
y rememoró, temblorosa,
este incidente:
cuando ella,
empujada por su esposo,
entregó su hijo al criado
que debía deshacerse de él
para desactivar el augurio
que, envuelto entre pañales,
nació con la criatura,

vio un lunar
en la mejilla del bebé
-amenaza arropada en la ternura-
le pareció una señal acusadora,
un tumorcillo negro
que le brincó a los entresijos
del inconsciente.

Desde antes, la reina sabía
que, para evitar el incesto,
era necesario el filicidio.

Pero aquel bebé que cargaba,
como bomba de tiempo,
la pólvora invisible
de la maldición,

¿había en verdad sucumbido?

Ahora, al vivir un triángulo amoroso
con el *héroe* y la lujuria,
la hipnotizó el lunar que resaltaba
en la mejilla de Edipo,
el nuevo rey,
y se sintió de repente
en las inmediaciones de la culpa.
La palabra *hijo* fue ocupando
todos los recovecos del corazón,
pero la lengua no atinaba a decir:
esta boca es mía, hasta que finalmente
con un impulso sobrehumano
y un incontenible vómito de letras

rompió los moldes del silencio.

“Hijo -le murmuró, besándolo en la
boca

(beso que había perdido
el distante y suave roce del ósculo
materno),

hijo –insistió- tú, que eres
la dulce compañía de mis ardores,
nunca, ya nunca, serás destetado,
ni jamás, desde hoy, te consideraré
el hijo pródigo de mi vagina”.

Antes de que Tiresias
desenterrara la verdad
que yacía en el caliginoso sepulcro
del pretérito
-y donde hasta el epitafio
había sido pasto de las larvas-,
Edipo empezó a ser invadido
por la sospecha,
se puso a tentarla con temor
como a animal venenoso,
a convertirla en espectro
en cuarto creciente
de su perplejidad,
a sepultarla en los aledaños
de su memoria.

Alguna vez,
al pasar cerca de la alcoba de Creonte,
oyó que su cuñado le decía
a su esposa Eurídice:
“es extraño, los ojos de Edipo
son los de mi hermana:
igual parpadeo
con que titilan sus ideas
confesables e inconfesables,
idéntica atención desorbitada
cuando los tímpanos se quieren
meter en las pupilas,
y, sobre todo,
mismas miradas verdes,
cardillos de un iris

que poseen, presumo,
en la esmeralda su materia prima”.

Edipo corrió a pedirle su opinión
al espejo, al adminículo
que tiene como faena prioritaria
decir la verdad
-salvo cuando la luz
se desmaya en brazos
de su propia extinción.

Y el espejo no tuvo empacho en
corroborar
las palabras suspicaces

con la fidelidad con que la boca de lobo
interpreta las partituras
de la noche.

Pero el “*hijo*” que salió de los labios de
Yocasta,

y tal vez la voz de la sangre
que golpea en los oídos
como el rojo nacer de lo evidente,
convenció a Edipo en su fuero interno
de la escabrosa filiación,
pero como algo
secreto, íntimo, inconfesable.

Edipo, en la oreja de Yocasta:

“madre, yo querría estar siempre en ti, como
cuando, siendo uno contigo,

el sol estaba ausente,

el cielo era todo él un hoyo negro,

el infinito, en las afueras,

la extensión inextinguible de la

nada;

cuando fungía tu cuerpo

como el hospitalario abrigo

de un ente a medio hacer.

Madre, tú me quieres como hijo

cuando yo te deseo como esposa,

y tú me requieres como esposo

cuando yo te busco como hijo.

Pero a veces, sólo a veces,
con el pecho empapado en la verdad,
tú no ves en mí sino el hijo marido
y yo, con la dicha recorriendo
mis arterias y venas,
te veo como la madre esposa.
Somos un esperpento de la naturaleza,
una avería de las leyes naturales,
un escándalo, que estalla al unísono
del redoble de todos los truenos,
en las buenas costumbres”.

Edipo y Yocasta

¿eran víctimas del *fatum*
o habían creído asumir el incesto
con un gránulo de culpa?
Ambos querían creer
-y entre el creer y el saber
a veces no hay más que un milímetro
endebles y vulnerable-
que su incesto era un incesto
mentiroso,
una supuesta infracción de tránsito;
pero una voz -¿qué voz?- les surgía
desde lo más profundo
-ahí donde brotan los géiseres del
deseo-
para decirles que,

transida por el sino, la verdad
se hallaba quemándoles la frente.

Capítulo séptimo:

Calma y tempestad

Después de las nupcias de Edipo y de
Yocasta,
Tebas vivió una relativa tranquilidad,
como el río que, cabalgado por la
prisa,
arriba de pronto al bienquisto remanso
cuando el jinete,
luciendo distinto estado de ánimo,
le jala las riendas al impulso.

Entre las muchas “estadísticas”
hechas entonces

(o “pesquisas numéricas”, que se decía),
se distingue la de que,
al primer lustro de gobierno,
comparado con el primer semestre,
la alegría *per capita* en la ciudad de
Tebas

creció en un 25.3 por ciento.

Hubo incendios, sí, pero en el
horizonte

y al declinar el día,
mas invariablemente fueron apagados
por negros ventarrones nocturnales.

Los áspides perdieron su ponzoña
en feroces batallas
con un fajo de agujetas

caídas del cajón de un zapatero.

Una epidemia de senilidad

abarcó a todas las alimañas del

poblado

que se dieron a olvidarlo todo

incluyendo

la mordedura y el piquete.

Fueron tiempos de dicha:

alucinado por esa atmósfera

embriagante

el pueblo, y más que nadie los niños,

abrieron las puertecillas de las jaulas

que tenían en sus viviendas

y lanzaron jeroglíficos como papalotes

al firmamento.

Mas cierto día ominoso,
hubo un cambio de situación
urdido en las entrañas del enigma:
Tebas,
de la noche al primer gallo madrugador,
se convirtió en un pequeño reino fallido,
descompuesto,
condenado a usar las muletas
de un equilibrio artificioso para andar.
A partir de entonces, las cosas fueron
de mal en peor,
y de peor en “no te imaginas que”:
un mirar feo podía atraer
una cuchillada.

Una risa fuera de lugar,
la pérdida del dedo meñique.
Los temblores,
con epicentro en las Parcas,
hirientes cuarteaduras
con alaridos de derrumbe
en el ánimo de aquestos griegos
dejados de la mano
del dios supremo.
No pasaba una noche
sin que apareciera alguna de las musas
ahorcada en las ramas de un árbol.
Hubo una sequía de leche materna
y las mujeres empezaron a amamantar
a sus criaturas

con un veneno blancuzco y maloliente.

La corrupción,

comprando hasta el don de ubicuidad,

tuvo pretensiones de ser coronada,

usar el cetro como zigzagueante base

de un látigo

y tener en un mullido trono

el feliz encajonamiento de sus nalgas.

Edipo, con una plaga de preguntas

en las sienes,

pasó de la inquietud a la desesperación,

de mesarse la cabellera

a tronarse los dedos.

Hasta que llegó la noche

en que más que parpadear los ojos

parpadeaba el insomnio.

Capítulo octavo:

Tiresias

Los nobles y validos
tenían las bocas
atragantadas de consejos.
Pero acatarlos,
arremangarse los ímpetus
y poner almas a la obra,
era funesto y desastroso.
El derrumbe de las mansiones
¿cómo podía ser detenido
con brochazos de pintura?
El incendio de las urnas funerarias
¿cómo se iba a apagar

con los húmedos pañuelos
de las plañideras?

La rotura de las vestes

¿cómo iba a remendarse

con hilos de conversación

deshilvanados?

Por caro que fuera,

y cobraba más que nadie,

había que buscar a Tiresias,

el príncipe de los adivinos.

Tiresias decía: “en mi pasado,

cómo me estorbaban los ojos para ver.

Veía, en mi recámara, mi lecho,

mis pantuflas, mi mesa de noche;

en mi jardín, las mariposas, los nardos
y las lagartijas.

En el cielo, millones y millones de
estrellas,
pero mis ojos, lanzando ráfagas de
miradas,
no lograban un ápice, un centímetro
triste, una uñita de niño,
salirse del presente
y correr por las galerías del futuro.
Ay, mi visión en el espacio
fue mi ceguera en el tiempo”.

“En un amanecer vi a Palas Atenea
bañándose en el río;

ella, que pecaba de virtuosa,
sintió en todo su cuerpo
los apasionados ósculos de mis pupilas.
Colérica, me veló los mirares
con un ademán punitivo
y de golpe me dejó sin mundo,
despojada de trayectos,
sin ver,
con la astronómica niña de mis ojos,
la sucesión de días y de noches,
y mendigando por las calles
migajas de luz, por el amor de Dios.
Al verme así, y sentir que la lástima
empezaba a apretarle el cuello,
para atenuar sus rigores

me regaló la gracia de entrever lo
porvenir.

Y el viejo mirar
que se enseñoreaba en el espacio,
hoy navega en un piélago
tumultuoso de inéditos instantes.

Y ahora, al abrir los párpados
de la adivinación
dentro de mis cerrados ojos,
miro lo que el pretérito esconde
en sus entrañas
y engulle el ave carroñera del olvido,
y logro vislumbrar lo que atesoran
los almanaques en sus vísceras
o aquello que el reloj,

grávido,
parirá dentro de días, meses, lustros.
Por eso puedo ver que” ...

Edipo lo mandó llamar.

Tiresias vino resistiéndose,
con los pies de plomo del desgano
y la prisa congelada por las dudas;
pero, leyendo en la atmósfera
la batalla que entablaban los diversos
augurios,
y consciente de la urgencia
de abatir desgracias y expatriar basura,
acudió al fin, sin hacerse rogar,
con la rapidez

de una joven y entusiasta polvareda,
al sitio en que los movimientos de su
boca

eran ansiosamente requeridos.

El afán de Edipo de conocer las causas
de la crisis del reino,

del origen de la turbamulta de

demonios

que se habían infiltrado en las casas
del pueblo por las rendijas.

El deseo del rey de estar al tanto

de por qué los árboles de la región

generaban tan sólo frutos podridos

o a qué atribuir que los manantiales

ahogaran a los sedientos al primer sorbo,

empujaron a Tiresias hacerse presente
y a negociar consigo mismo
si soltaba o no la lengua.

Mas a pesar de las súplicas de Edipo
de que dijese del pasado y el futuro,
él se resistía a decir una frase,
un suspirar de letras,
mordiéndose el aliento,
dando a luz hemorragias en los trozos
de verdad escupidos.

Al fin lo dijo todo: develó
que el hombre que estaba frente a él,
mandatario de Tebas,
hijo de Yocasta
y producto de viejos amores,

cohabitó con ella, la cual dio a luz
tras de ignotos placeres, hijos que son
hermanos
y no se sabe cuántas más
formas disparatadas
de parentela.

Y por qué, siendo el sucesor de Layo,
fue él, él solo, y no un grupo de
malhechores,
el que privó de vida el hombre de la
carreta.

Edipo y su madre esposa,
viviendo su desgracia
-ahora sí, sin dudas ni fingires-,
lucharon cada uno

cuerpo a cuerpo con su culpa
para limpiarla definitivamente:
él arrancándose los ojos
y borrar el afuera,
los alrededores,
el implacable mundo
que fue testigo de sus pecados,
y ella -aunque no lo pudiese
realizar esta vez
por insondables escrúpulos-
decidida a convertir
lo más pronto posible
a su consorte en viudo
y mismamente en huérfano.
Aunque Yocasta congeló

los ademanes homicidas de su mano,
no desistió de su propósito.
No mató a su suicidio. Lo pospuso.
El cáncer de la idea de la muerte
se adueñó de sus entrañas
y empezó a crecer,
a añadirle más tiempo a sus angustias,
pero como no era el momento
del instante verdugo,
se puso a esperar la decisión
de su libre albedrío
de deshojar su ropa
y hacer de su pecho la funda de un puñal
de oscuras alas,
o a ingerir, con la asfixia,

el trago más amargo
de toda su existencia.

Se dice que tanto Yocasta
como su hijo y marido eran víctimas
de una “culpabilidad inocente”
como si este contrasentido pudiera
ser el traje
a la medida de sus almas.

¿Culpabilidad, pero inocente?

¿Inocencia, pero culpable?

¿Las peras de la culpabilidad
pueden ser mondadas al olmo

de la inocencia?

¿Es dable cambiar inocencia por culpa
como gato por liebre?

El culpable puede entregarse

al infierno en llamas de la contrición

-la moral no se anda con medias tintas

o con el oportunismo de las vacilaciones-

y arrancarse los ojos

para dejar a la luz sin un solo

parlamento,

pero ¿y la inocencia?

La inocencia que se autocastiga

¿es la conducta que puede asumirse

en la holgada camisa de fuerza

del manicomio?

Eso me hace sospechar,
y más que sospechar
subir al estrado de la evidencia
para argüir
que si Edipo y Yocasta se autocastigan
es que se saben, se presienten
culpables
y asumen el incesto a sabiendas,
a placer entrañable,
a orgásmico desvanecimiento de
pronombres.

Capítulo noveno:

El trono

Mucho después, ya desaparecidos
los reyes de Tebas,
Creonte, descendiente
del noble Meneceo, como Yocasta,
y esposo de Eurídice,
quedó, si no dueño del poder,
sí echándole miradas codiciosas de
rejojo,
y con las manos raídas
por el duro manejo de las riendas
de la gobernanza,
como serpientes en el momento

de mudar de piel.

Pero era como Selene

cuando, en el eclipse lunar,

se convierte en el interino sol

que arroja luminarias a la Tierra

tan ambiciosas como enflaquecidas,

y es que los herederos legítimos,

Polinices y Eteocles,

pese a las desdichas

-que también figuraban en el

testamento-

no se iban a quedar cruzados de brazos

al meditar en la forma

en que se reproducen las musarañas.

Eteocles , tarde y noche,

se secreteaba con la astucia,
tenía amores apasionados con la falta
de escrúpulos.

y, cual se hallase en el juego de las sillas,
pero con una sola –como un paraíso
por un momento deshabitado-
se sentó con más presteza que Polinices
en el reñido trono.

Excluido de la primogenitura,
se rapó la cabeza, reemplazando el cabello
con una peluca de ensortijadas
ideas fijas,
no sólo porque en ella no hubiese
un pelo de tonto,

sino que la corona se amoldara
suavemente a su cabeza.

Con la complicidad de Creonte,
y la venia del cielo,

desactivó las leyes, deslenguó las

costumbres,

se encaramó a sus más altas

pretensiones,

se hizo del trono,

y, queriendo convertir a Polinices

en uno más de sus súbditos,

lo volvió su feroz enemigo.

TERCERA ESTANCIA

Colono

A pesar de que sus ojos vivían
huérfanos de luz,
Edipo, al caminar,
no tropezaba con los árboles,
no daba de bruces con las piedras,
no se desbarrancaba en los desfiladeros
empujado por la oscuridad;
deambulaba tomado de la mano
del amor,
con la ayuda de un cuerpo,
una entrega,
unos ojos femeninos,

que formaban el nudoso roble
de un báculo filial.

De lo que nadie lo aliviaba
era de la postración que enmohecía
sus impulsos,
le sumaba más kilos al fardel de sus años
y ponía en los goznes de los músculos
el aceite quemado del dolor.

Pidió sentarse.

Antígona, solícita,
lo condujo a una roca
que le abrió los brazos de la comodidad
con afectuosa dejadez.

“¿Dónde estamos?”, interrogó Edipo.

Y, sin esperar respuesta:

*“¿Tienen algún jefe
o manda el pueblo?”* .

Esta pregunta, desgranada de los labios
de un rey venido a menos,
tiene un gusto extraño: sabe a futuro,
a ensoñación,
a utopía.

Antígona se puso a meditar:

¿Habrá algún sitio donde

“mande el pueblo”?

Sin responder a su padre,

se quedó paladeando

los signos de interrogación

de la pregunta

y se puso a soñar.

“¿Habrá un lugar, dijo el rey
destronado,
donde los dioses manden obedeciendo
a unos humanos
que obedezcan mandando?”

¿Mandar obedeciendo? –preguntó la hija.

Y Edipo:

“Sí, como la nube que espolvorea
designios
tras de absorber la multitud de charcos
que alzan vuelo”.

¿Obedecer mandando? –dijo de nuevo

Antígona.

Y el padre:

“tal vez, para redondear la imagen,
como la *poesis* terrena que *obedece*
-y crea la cornucopia alimenticia-
mandando a los hombres
a regar la tierra
con el agua bendita
que les cae desde la nube.

“¿Dónde estamos?”, habló de nuevo el rey.
Antígona dijo: “en Colono,
aldehuela cercana a Atenas y parte de

su jurisdicción”.

En ella se cultivan las mieses,
los naranjos, los olivos y los misterios.

A este recóndito lugar
en que descansaba Edipo

-más que de las millas
devoradas por sus pies,

de las turbulencias de un alma que,
llorosa y zozobrante,

era un trozo de mar a la deriva-,
sólo el incienso gozaba del

salvoconducto

para el pórtico inflexible.

“Ojalá las Euménides,
en cuyo territorio nos hallamos,

sean las *acogedoras* de manos dulces
y no las deidades del terror”,
dijo el rey.

-“¿Cómo es eso?” –preguntó su hija.

-“Te lo voy a decir de manera simple”.

-“¿Simple?”.

-“Con la sencillez con que deben decirse
las graves situaciones”.

-“Te oigo”.

-“Quiera Apolo que vengan las

Euménides

con las manos llenas de naranjas
para compartirlas. El paladar enloquece

cuando el jugo de estos frutos

deja a sus espaldas sus agrias

moedades.

Pero también quiera el cielo

que no lleguen con las naranjas

transformadas en guijarros

que, amnésicas de la dulzura,

descalabren nuestra intromisión

y llenen de moretones nuestro

atrevimiento ”.

Después de estos hablares

padre e hija cambiaron de lugar

y, dejando a las espaldas

los lomeríos de lo sacro

-donde el más allá jugaba

con los laureles,

bañábase en el arroyo
y venía a sentarse a la hora de comer
con los demás-,
se fueron a refugiar en un sitio
común y corriente
en que las leyes naturales,
antes vapuleadas por la indiferencia,
ejercían sin remilgos el mando,
llevaban el timón del devenir,
y en donde el allende, que carecía
de voz y voto, sólo era
un amasijo de anémicos fantasmas.

Un coro, proveniente de la ciudad,
se puso a departir con Edipo.

En la plática
salió la historia de los labdácidas,
la familia de Cadmo,
aquella que,
como árbol genealógico
plantado en el infierno,
sufrió la ancestral patología
de los designios del hado.

Temeroso de que Atenas no lo acoja,
profiere Edipo, en palabras de Sófocles,
*“Me habéis sacado de este asilo,
y ahora me expulsáis,
¡Y eso por temor solamente a mi
renombre!,*

y no a mi persona o a mis hechos.

*¿Qué hechos si aquello no fue hacer,
sino padecer?...*

*Si llegué al extremo que llegué
no fue a sabiendas”.*

Y, más adelante,

en diálogo con el corifeo:

“inocente soy ante las leyes”.

A diferencia de ayer,

Edipo ahora no es víctima de la culpa.

El destino es quien debe sentarse

en el banquillo de los acusados.

El rey parece tener razón.

Parece.

¿Cómo puede uno ser culpable,
ir a contracorriente con la mano en la
cintura,
castrar el deber ser,
amordazar el libre arbitrio,
si no es consciente
de sus actos?
¿Cómo ser “parricida e incestuoso”
si la ignorancia no puede ser nunca
el caldo de cultivo
-la pócima en que el demiurgo trabaja-
de la responsabilidad?
Se diría que la razón asiste
al hijo de Layo y esposo de Yocasta.
Se diría.

Es cierto que él segó de un bastonazo
al señor de la carroza,
que era su padre.

Es cierto también
-y la simplicidad del acto,
al correr de los siglos,
acabó por transmutarse

en famoso complejo-

que él contrajo nupcias

y el virus de la pasión

con la reina de los tebanos,
que era, sí, su madre.

Pero ¿Edipo era consciente?

¿Se daba cuenta del terreno que

pisaba?

¿Intuía la jugarreta maloliente del sino?

El “no sé lo que hago”

de la *hamartia* aristotélica

-que lleva a Edipo a matrimoniarse

con su progenitora

y a Yocasta a hacerlo con su vástago-

es casi seguro que ocurriera

al empezar su relación.

Fue el nudo ciego de dos invidentes,

el libidinoso enlace de dos inocencias,

cada uno sintió en el otro la alteridad

colonizada.

Pero después, unas piedritas

suspensivas después,

al breve refulgir de los indicios,

un velo que se desgarrar,
un estado de ánimo fuera de lugar,
una sospecha que al pretender
escondese

desnuda su nombre,
Yocasta y Edipo,
cada uno por su lado,
atisban la parte oculta de la luna de
miel

y engendran un pecado
que tiene en la libertad
las fauces de su rugido.

Al caer en cuenta
Yocasta y su segundo esposo

lo que se traían entre manos,
sudores y deseos,
se les palideció el semblante,
el corazón se les encogió poco más
de un centímetro
y sus manos se pusieron a temblar
como queriendo salir de sí mismas
y sus obras.

Trataron de ocultar la verdad
no sólo a los ojos del mundo
-al Argos maledicente de la opinión
pública-
sino al rígido tribunal de su propia
conciencia,
en donde “el que la hace la paga”,

frente al cual la misericordia

-sí, la misericordia

que le quiebra las alas

al verdugo del silencio-

habla el idioma intraducible

del silencio.

El esfuerzo fue inútil.

Desgastante.

Con el soplo adulterado del absurdo.

Por algún tiempo los infelices

reyes

exigieron a sus lenguas

realizar asombrosos malabarismos

y llenaron de gotas de saliva

las falacias más toscas y visibles.

Si Edipo y Yocasta fueron malhechores
pero inocentes,
si gozaron durante años
de las aguas termales
del tabú del incesto,
pero ignorándolo,
si cruzaron por los lodazales de la
inmoralidad militante,
pero a ciegas,
¿por qué se autocastigaron?
¿por qué deshacer el mundo
en las entrañas de los párpados?
¿Por qué arrancarse
los ojos con el broche de la esposa,

y hundirse en el calabozo sellado,
definitivo, sin regreso,
donde la oscuridad habría de ser
camarada de celda para siempre?
¿Por qué la muerte ulterior de la
mujer?

¿Por qué dejar la existencia
dando el ruidoso portazo
del suicidio?

Edipo y su hija del alma
reciben de pronto un obsequio
inesperado:

llega a Colono Ismene,
la hermana menor de Antígona.
Por un efímero instante,
ese fugaz antílope del tiempo,
la felicidad exige
un breve papel dentro del drama,
como si la perpetua pesadumbre
sufriese, presa de fatiga, el corto circuito
de un desmayo.
El padre y la hermana
arrojan fuera de sí,
sólo por el tronido de dedos de un
segundo,
sus sollozos y lágrimas
a un riachuelo que los absorbe

corregidos y aumentados.

Pero la dicha y la serenidad

duran poco,

pues Ismene refiere una experiencia

que le estaba gangrenando las

vísceras:

la disputa feroz por el poder

en su querida Tebas, de nuevo

patria enferma,

tambaleante,

afiebrada,

temblorosa,

que, falta de imaginación,

busca a tientas

ay, su medicina:

“Inmediatamente después Creonte,
arguyendo que era hermano Yocasta,
y que a tus hijos no les era dable
ocupar el trono
-ya que traían consigo
la epidemia,
la infracción
y el escándalo que podían
contaminar todo-,
mi tío Creonte,
se hizo provisionalmente del cetro,
la potestad, la vida
de todos los tebanos.
Poco después, tus hijos
Eteocles y Polinices

iniciaron una lucha fratricida
presas de un “*maldito frenesí*”
por hacerse del cielo
y administrar sus nubes,
lluvias y relámpagos”.

¿Qué es el “*maldito frenesí*”
del que habla Ismene?

Es una pulsión.

Un fuego con pretensiones de
eternidad
en el hondón del alma.

Un ahínco encajado en las vísceras.

Un poner los dientes y las uñas
al servicio de “lo propio”

o de la persecución de lo ajeno
que se encuentra en otras manos,
ay, por desaciertos del destino.

Terremoto del hombre ,
es un trepidar de manos
que brincan a ser garras,
y tienen su fuente en el deseo
de raptar la añorada pertenencia
que se ubica en ajeno paraíso
del que no tengo, ay, las escrituras.

El “*maldito frenesí*” no es sólo
el intento de salirle al paso
el cáncer de la insignificancia
con un *delirio tremens* de grandeza,
sino dedicarse al alpinismo del poder

arribando a la cumbre mayestática
sin lo patéticos resbalones
de Sísifo.

Las luchas fratricidas,
el robo al menudeo,
la agresión a mano armada
a lo vulnerable ya de por sí,
el despellejamiento anímico
en la pugna por hacerse del mando,
o al menos una astilla
desgajada del cetro,
todo
responde al “maldito frenesí”
que fue inoculando a los cabecillas

de la ciudad cadmea.

Cierto es que los sucesores de Edipo

habían hecho esfuerzos

-al menos en el teatro ilusionista

de la apariencia-

por resolver los problemas de la

sucesión

con el compromiso

de que cada quien gobernara

por turno a los tebanos:

como lo hacen

el día y la noche con el mundo,

sin que la luna, devastadora, le meta

zancadillas al sol,

ni el sol queme entre sus dedos

la muy extraña,

tenaz,

persistencia de la luna.

Pero ocurrieron dos cosas anómalas

que conviene sacar del recato del

tintero

a la indiscreción de la estrofa:

en vez de que el primogénito (Polinices)

iniciara la secuencia,

lo hizo Eteocles

en complicidad

con Creonte,

esa eminencia gris de las desgracias

–dicen las malas o veras lenguas.

Pero no sólo eso:

una vez terminado el tiempo
convenido
para Eteocles,
éste se rehusó a entregar el trono
a Polinices
con toda su codicia a flor de entraña.
Éste, fuera de sí,
exhalando pequeños tufos de fuego
en su respiración,
parte hacia Argos,
pide ayuda al rey de la ciudad
y acaba por contraer nupcias
con Argia, su hija.

Las malas noticias no gustan nunca

viajar a solas.

Ismene trae también un anuncio,
un mensaje de alas negras,
para su padre y Antígona:

Creonte,

el ambicioso hermano de Yocasta,
el hombre que habla siempre en

imperativo,

está por llegar a Colono

para hablar con el rey ciego.

Ismene le revela a su padre

las intenciones de Creonte:

viene a Colono con la petición

de los tebanos, de que Edipo

-en el exilio por violar

las reglas de tránsito
que dictan las costumbres-
viva cerca de la tierra cadmea,
aunque sin dejarlo entrar,
en las inmediaciones,
ahí donde la urbe se desmorona
para volverse campo.
Mas sin dejarlo entrar.

“Tenerlo sólo cerca”,
porque los habitantes temen
la ira de los dioses contra Tebas
por haber desterrado
al rey legítimo;
porque se angustian
por la mala noche que pasan las deidades

descobijadas por el insomnio,
porque recelan de las descomposturas
del cielo.

“Aunque sin dejarlo entrar”,
porque su culpa,
del tamaño de un escándalo
innombrable,
no hallaba en ninguna de las siete
puertas de la ciudad
una sola de las cerraduras
que le pusiera el rostro amable
y le diera la bienvenida.

Mas antes del arribo de Creonte
aparece Teseo, rey de Atenas,
sucesor del soberano
que se arrojó a las aguas,
como un pelícano herido de muerte,
dando su existencia
y con su existencia el nombre
al mar Egeo de Europa.

A la sazón, las ciudades estaban
en constante peligro de enfrentamiento;
el más mínimo motivo,
además de las peripecias de Ares
enfermo de iracundias,
encendía conflagraciones a diestra y

siniestra.

Edipo convenció a Teseo
de que si le daba refugio en sus
dominios,
si, generoso, le permitía
embalsamar su afán de viajes
y exhalar el último suspiro de su pulso
en tierras atenienses,
ello ataría de manos
a la posible beligerancia futura
de los cadmeos,
evitando que provocaran en lo sucesivo
a Atenas que, a más de gloriosa y memorable,
serviría de santuario a Edipo Rey.
Teseo no puso reparos
a la última voluntad de un corazón

que, tras de ascender
por los resbalosos escalones del ahínco,
pudo llegar a la amorosa tierra promisa
de la ataraxia.

E hizo que Colono confiriese
la mejor de las hospitalidades
a este longevo rey que cubre con harapos
su próxima agonía.

Apenas el rey ciego
tiene a Creonte frente a sí,
le brinca a la boca
la palabra *embaucador*,
que es sinónimo

*de ladridos no confiables en la noche,
veneno enmascarado con azúcar,
surtidor de sangre en los arroyos.*

Creonte que, rechinando los dientes,
pugnaba por hacerse del poder,
venía decidido a apoyar
a su sobrino Eteocles,
en pleno jaloneo del trono
con Polinices,
intentando arrebatarle un cetro
que hacía piruetas en el aire.
Guiñándole el ojo al destino,
hacía de la audacia
mentora de sus piernas,
su frente, sus impulsos,
y , sin agua, se frotaba

gozosamente las manos.

Añadiendo oídos sordos a su ceguera,
Edipo vuelve la espalda enfurecida
a su cuñado.

Éste lo amaga
con secuestrar a Antígona e Ismene
y prohibirle
dar el menor paso con el apoyo
“de su par de bastones”.

Y no sólo, sino que,
si los colonenses tratan de impedir
que se lleven a las princesas,
amenaza bélicamente a la patria de Teseo.
Y, ante la incapacidad de los de Colono
de detener el abuso,

dadas su precariedad numérica
y la anorexia de sus músculos,
él y sus hombres
retienen a las hijas
en el calabozo itinerante del escándalo.

¿Pero qué puede la fuerza
de unos cuantos guardaespaldas
contra los hoplitas?

¿Qué, los músculos cebados
por el atletismo
y la perpetua imitación a las deidades,
contra la simiente argiva o mirmidona
-sepultada en un ayer oculto
a espaldas del recuerdo-

de donde brotaron los tanques del presente,
que aúllan rechinidos
y convierten los campos de batalla
en muladares de ceniza?

El hedor amargo que,
al correr de estas letras,
invade la atmósfera,
nos dice que esas máquinas de muerte
son metálicos dragones,
con alas atrofiadas
(sin una sola nube en los sobacos)
que caminan arrastrándose
con patas de viejos mastodontes
y que, con el fuego de sus fauces,

ya domesticado enteramente,
reciben en la pila del bautismo
los nombres de “devastación”,
“ruinas humeantes”,
“inauguración de camposantos”.

Los hombres de Teseo
recuperaron a las hermanas
y recompusieron el corazón fracturado
de su padre.

Llegó entonces Polinices.
Como Edipo lo escucha

con los dientes mordiendo la palabra
mudez, y sin decir
“este murmullo encabronado es mío”,
él se dirige primero a las mujeres
y se queja de ver a su padre
en tierras extrañas
y cubriéndose con andrajos
*“cuya mugre se ha ido envejeciendo
con el viejo”.*

Narra su versión de lo sucedido
y no tiene vergüenza en exponer sus
culpas
y restañar el flagelo de la autocrítica.
“Vengo padre, dice,

anegado en el oleaje de mi lloro
sobre la triste barca
del arrepentimiento”.

”Ay, rey y padre mío –continúa-
Eteocles me ha desterrado de Tebas
a pesar de mi progenitura.

No me venció con razones.

Ni tampoco en el campo de batalla
donde tendría que haber demostrado
que, en honesta esgrima ,

las ráfagas de su impulso

ahogaran entre sus brazos a mi fuego

y levantasen, derrotándome, la

humareda

-mi propio epitafio visto por centenares de

ojos a la redonda.

No, padre, no.

Sobornó al pueblo,

haciendo del timo

el umbral de su decálogo.

La demagogia, bien que lo sabes,

consiste en preceder el golpe

por mentirosos cestos de miel,

nueces y cerezas.

Eteocles me venció con esas mañas.

En mi opstracismo, llegué a Argos,

donde contraje nupcias con Argia la

hija

de Adrasto, rey de los dorios.

Y ahí seis ínclitos militares,
con sus escuadrones de lanceros,
provenientes de distintas partes
del mundo y de diversos niveles
de la audacia,
soldados que habían recibido de los dioses
las más diversas habilidades
que se injertaron en sus músculos,
brazos, visión,
frente, astucia
y hasta la capacidad adivinatoria,
han prometido hacerme justicia
y volver a mis manos
nuestra dilecta ciudad, la de las siete
puertas”.

Edipo permaneció en silencio,
un silencio en pie de lucha,
tan pesado e insistente
que le dio voz a las cigarras
de los alrededores
-embebidas en la dura faena de existir-
que en un dos por tres orquestaron
la escena por un momento.
El rey oyó en los labios de Antígona
algo que podía interpretarse
como un ruego, un “ay, padre”,
vocecilla que buscaba
si no la puerta central,
sí el pasadizo oculto para acceder
al corazón de Edipo.

Eran palabras que,
pretendiendo interceder en favor de
Polinices,
al dar con el puerco espín
de la reticencia del ofendido rey,
se deshacían del lastre del significado
volviéndose, ay, sólo suspiros.

Pero Edipo era inflexible:
en su ambular sinuoso
por las rutas escarpadas
de la extranjería,
se le cayó, quién sabe dónde,
el vocablo indulgencia.
Y cómo olvidar en estos afanes

por las diversas comarcas
de la desventura,
que Polinices colaboró
con Eteocles y Creonte,
con la indiferencia,
con la ambición,
con el egoísmo
y con la crueldad a todo volumen
de los hados,
al exilio del rey invidente,
andrajoso
y trastabillante.

Edipo, en su situación actual,
y a pesar de que su hijo mayor,

luchando cuerpo a cuerpo con la culpa,
le prometió que,
si le prestaba ayuda,
lo instalaría de nuevo en su castillo,
nada quiso saber de esos decires,
su futuro ya no estaba en su pasado.

Dijo entonces:

*“Jamás rendirás tú aquella ciudad,
antes caerás bañado en sangre,
y tu hermano como tú.*

*Estas son las imprecaciones
que contra los dos lancé en otro tiempo
y ahora las conjuro a que vengan
como aliadas mías”.*

Edipo desenterraba

las viejas maldiciones de Hera,
y las del oráculo,
y las suyas propias,
contra su estirpe.

Parecía decir:

“El destino es el destino
y yo soy su profeta”.

Delirante, el rey no sólo paladeaba
lo amargo de las maldiciones
que profería al viento
(tras de vivir la doble ingratitud
en cuyas venas corría su misma sangre),
sino también saboreaba en su saliva
esquirlas de frases, insinuaciones
y finalmente designios del *fatum*

atados con nudos ciegos a lo ineludible
como los oídos a los que se les escurre
la propia cerilla,
derritiéndose al calor
del cántico de las sirenas.

Antígona era militante
de tiempo completo
del odio por el belicismo.
Aborrecía la marcha militar
del galope de las caballerías
y el feroz contrapunto de los metales,
las ballestas que escupen

bandadas de aves de rapiña,
los puñales muertos de sed
y los escudos que amurallan
los puntos vulnerables del arrojado,
los arietes y su inquina habitual
contra las puertas,
las tinajas de aceite hirviendo
a punto de quemar los peldaños
al acoso enemigo
y la sangre, la sangre, la sangre.

Todo esto le producía náuseas,
le llevaba a tomar el sudario
de los muertos,
a subirlo en un asta bandera

y blandir, iracunda,
el estandarte de la paz.

No quería por eso que Polinices
fuera a la batalla,
a poner en riesgo sus respiraciones.

Pero él era de voluntad rebelde:
su escuadrón de neuronas
estaba al servicio de Ares, el irascible.

Antígona, sumida en la angustia,
se despidió de su amado Polinices
con la pájara triste
de su mano en el aire.

Como la sublimación
es el orgasmo espiritual

de las emociones,
Antígona amaba a su padre y a su
hermano
sin las turbulencias angustiosas del
sexo.

No sabía cómo vivir separada de
ambos,
cómo continuar desgranando el oxígeno
en el reloj de arena de su pulso
sin ellos.

No sabía.

Sobrevino entonces lo inexplicable.
Se presentó cuando tuvo lugar
la fuga evanescente del que encarnara
sin saberlo (o, como jugando

a las escondidas consigo mismo,
a la luz crepuscular de la sospecha),
la infracción más lujuriosa
de las órdenes del cielo.

Las tempestades sirven a veces de
mensajeras
a los designios numinosos.

El relámpago va *“preñado de
calamidades”*

y la llovizna, generada
por un simple cuentagotas,
es el aviso de un diluvio de desventuras.
Zeus tonante, que lleva a las espaldas
su carcaj de rayos,
arroja uno de ellos a Colono

no sólo para corregir malhechuras
del universo mundo,
sino para castigar conductas sin nombre
o llevar al cadalso de su último suspiro
enemigos personales.

La tempestad que estalló
anunciaba el divorcio de Edipo con el
tiempo,
el fin de los minutos que se hendían en
sus pulmones
como feroces microbios.

*“Todo cabe sospechar -dice Teseo-
cuando tan tormentosos andan los
dioses”.*

¿Qué pasó con Edipo?

¿Por qué el mensajero
que habla con un coreuta en Colono
divaga: *“algún emisario de los dioses
se lo llevó, o la tierra,
entreabriéndose,
le abrazó dulcemente
en sus senos abismales”*?

Misterio. Transfiguración.

Crisopeya del arcano.

Enigma que se cae y que se cae hacia al
abismo.

Mamotreto de hojas negras.

Mónada que esconde a lo enigmático
y cierra las ventanas.

¿Lo hizo morir un exceso de mirares oscuros

o de un derrame cerebral en el corazón?

¿Delincuentes enterraron por la espalda

el final de sus horas?

¿Se suicidó al escuchar el canto de

sirenas

nacido de su sepulcro?

¿Transitó a la mansión Estigia

sin perder célula alguna?

Nada se sabe.

Las preguntas sin respuesta

no hacen sino dar a luz su propia orfandad.

Las hijas de Edipo

lloran al unísono la ausencia de su

padre.

Sienten que, con el infortunio como albacea,

la maldición, oh dioses,
ha sido hereditaria,
que el sufrimiento y su retahíla biológica
de llagas

está lejos de tener clemencia
con la progenie de Cadmo y Ermione.

Lloran y no encuentran palabras
para decir su angustia.

Jalándoles la rienda,

los vocablos retenidos
se aprietan impotentes

y forman nudos en la garganta.

Pero hay decires que,

traicionando su intimidad,

brincan a la intemperie,

y Antígona, aludiendo a su guía,
su hermano, su padre,
logra gemir: *“Qué dulce me eras,
aun lleno de amargura”*.

Las hijas lloran al unísono la ausencia
de Edipo, el padre y hermano
que les dio la vida,
el mundo, las estrellas,
las flores que agonizan en lucha a muerte
por no marchitarse;
el padre y hermano
que les dio esa geometría familiar
que funde y que confunde
lo vertical y lo horizontal
en el poliedro escandaloso

formado por la pareja mal avenida
del *fatum* y la acción.

Cuando Antígona repara
en la desaparición de su padre,
sin tumba, sin honores funerarios,
sintió el horror circulando por sus venas
y el llanto de los penates
en sus manos.

Entonces le pidió a Ismene,
sin obtener respuesta,
que la llevara por los vericuetos
donde Edipo entró con paso seguro
a la comarca en que domina
con su finísimo polvo lo invisible,
y que allí, por el amor de Zeus,

la matase,
le diera las señas de su corazón
a un hambriento puñal
con la muerte a flor de labio,
o, los dedos en su garganta,
espigasen su postrer suspiro.

CUARTA ESTANCIA

La maldición de Edipo

Antes de dejar a Tebas
desterrado por sus hijos
-sin que las jóvenes pudieran decir
esta boca,
con su súplica,
con su llamado al amor,
es mía-,
Edipo fue arrojado por ellos,
por los dos,
sin distinciones,
en plena coincidencia
de ademanes desalmados,

a un calabozo que,
haciendo redundante su negrura,
conducía las manos del rey ciego
a palpar,
para no tropezarse en la prisión,
una vez y otra y otra,
el cúbico instrumento de tortura.
Ahí tuvo el tiempo necesario
para darle forma perfecta,
con todas las de la ley,
sin erratas o malhechuras generadas
por una bondad intrusa,
a su bienamada maldición:
sus hijos morirían,
sus corazones, sus pulsos, sus alientos

serían hipnotizados
por los ojos serpentinos de la nada;
pero no uno a uno,
en diversos lugares,
con desventuras exclusivas
destinadas a los dos
o causas separadas que no tendrían
aire familiar alguno,
sino que cada quien iba a deber
la vida del otro,
sucumbirían
chapoteando en la misma sangre.
La violencia criminal
quedaría “entre nosotros”,
teniendo a idénticos lares

como testigos.

Un día, lo sacan de la mazmorra,
y le dicen –fingiendo querer su perdón
con bálsamos de azúcar -,
que, arrepentidos,
le brindarán un convivio.

En contubernio con Creonte
y una parvada de avechuchos de mal
agüero,
organizan, con propósitos malignos,
un banquete en que le sirven
huesos, sólo huesos

(insinuando que su ulterior sostén no sería ya carne preñada de existencia).

Edipo repite entonces su maldición y la ubica, sin decir más, en la hostilidad futura entre los tebanos y los argivos, en el episodio que se conoce como “Los siete contra Tebas”.

Antígona no pudo soportar los tormentos que sus hermanos infligían a su padre. Cobijada por la noche,

por el manto en su cabeza,
por una materia gris ennegrecida
por los acontecimientos,
tomó de la mano al anciano,
le dijo “Soy tus ojos, sígueme
como las huellas van en pos
de sus sandalias”.

Ella caminó con la seguridad
de un viento niño.

La brújula no tuvo reticencias con

Antígona

ya que el final del éxodo se hallaba próximo,
a la vuelta del ímpetu.

Llegaron a Colono donde,
como vimos,

Edipo dejó la existencia
envuelto en la mortaja del misterio.

La joven, ya huérfana, tomada de la mano,
ya no de su padre,
sino del más profundo de los pesares,
vuelve a su terruño, a la Tebas
de su niñez y sus congojas.

Aunque en ésta ocurre lo inverosímil,
aunque es un criadero de delitos,
aunque se dice que las más variadas
especies
de endriagos, vestiglos y follones

nacen de incógnitas matrices
y entran en connubio con la atmósfera,
Aunque aquí los “*hipogrifos violentos*”
se pasean por las calles
sin respetar la más mínima regla de
tránsito,
Antígona, como si tuviera sus sandalias
puestas al revés,
torna indomable, guerrera,
a su ciudad.

Los siete contra Tebas

Hallándose ya Edipo
en la aldehuela de Colono,
a sólo un vuelo de pájaro-herido-de-
muerte
de Atenas,
en compañía de la dulzura y la piedad
y estando ya a punto de desaparecer
devorado por las fauces invisibles
del misterio,
estalló la contienda
de los guerreros de Argos
contra los labdácidas,
que Esquilo y Eurípides

ven con diferentes ojos,
opuestas sensibilidades
que describen con plumas
arrancadas de diversos cisnes
moribundos.

El aire, que interviene en toda batalla,
se puso del lado de los dánaos
y sopló desde Corinto...
A la voz de una señal de pífanos
y toda suerte de instrumentos de
viento,
salió a campo traviesa

en dirección a la ciudad de Cadmo,
en grupos con sus ráfagas en ristre.
Primero iba al trote,
cual si llevara chapulines en las pezuñas,
urgido por las riendas de la brisa
y sus fríos alazanes
de crines vaporosas,
danzando más que corriendo
como caballería ligera;
mas después, viento al fin,
con la feroz hilandería de polvo
de sus patas,
emprendió el galope,
pisándole los talones a la prontitud,
hasta que,

desbocado,
vuelto vendaval, iracundia huracanada,
se arrojó contra Tebas
como invisible anuncio
de un futuro muy próximo
llegado en estampida.

Pero los de Tebas
cierran las ventanas,
envuelven con cobijas los árboles,
clausuran a piedra y lodo
las puertas y todos sus resquicios,
rodean con sus brazos las estatuas,
y, sobre todo,
cuentan,

en sus muros,
con las patrióticas piedras defensivas
y logran detener el ataque de esta turba
de guerreros fantasmas.

Apenas se escuchó el rumor
de los escuadrones dánaos
que se acercaban a la ciudad,
como olas desbocadas al golpe de las espuelas
de un viento enloquecido,
el temor se introdujo
por las rendijas y las cerraduras
de las siete puertas.

Se introdujo y se mezcló con la

atmósfera.

Las mujeres, que habían salido de sus
lares
tomadas de las manos y sus flaquezas,
lo aspiran,
le dan el golpe,
y, sintiéndolo inundar sus entrañas,
intentan vanamente sacudírselo
con el temblor de su cuerpo.

Las féminas corren,
presas de zozobra,
en busca de su pasado y su futuro
(por las abuelas y las hijas),

con intención de hacer de la plaza pública
un foro musical,
para que los dioses,
con indiferencias de cielo,
limpiasen sus oídos
al estruendoso llanto
que brotaba de sus pupilas.

Un foro musical
con la escala cromática de sus sollozos,
sus vocales al garete,
y el instrumento-de-viento acongojado
de sus suspiros
-que iban desde el ay, ay, ay en sordina
hasta el alarido que, en propulsión de
arrojo,

horadaba las nubes.

Ya se dijo:

las jóvenes se dieron a abrazarse

a sus estatuas,

con el mismo gesto con que la fe

se agarra a lo imposible,

para solicitar su protección

como lo hacen las hijas

con sus progenitoras,

a demandarles el paraguas

prodigioso requerido

cuando se viene abajo el firmamento.

El temor de las mujeres,

era la avanzadilla del enemigo,

la vanguardia de los siete escuadrones
contra Tebas.

La vanguardia.

Pero su pavor era asimismo
el inveterado odio por la guerra,
el apego de la dadora de vida por la vida,
el terror a que las huestes
lancen alaridos de sangre
y se vean forzadas a hacer suyo
el salvaje impudor de la osamenta.

Y era además la violación,
el *“tributo nocturno”*, como dice Esquilo.

Que las fuercen,
las desfloren y las tiren
en el suelo y de espaldas

como un poco de tierra bienherida.

Eteocles no era temerario,
pero sí valiente.

Se podría decir que portaba adargas
en el corazón.

Si escondiera un escrúpulo
en algún lugar recóndito de su cuerpo,
no lo sabríamos, no, porque él y la cobardía
hablaban diferente idioma.

Cierto que despojó del reino al primogénito,
llevado por la pasión que le despertaba el
poder,

y es que pretendía llevar a buen puerto
la nave dircea
por el mar, no salobre sino amargo,
de un *fatum* que no conoce ni de oídas
la misericordia.

Es un príncipe que se enorgullece
de su aristocracia de sangre,
del flujo que arrastra no sólo
hematíes y leucocitos,
como cualquier plebeyo,
sino glóbulos dorados,
y también de tener a Cadmo como
ancestro
y a los labdácidas como estirpe.
“Estoy donde estoy -decía-

porque los dioses me ven con ternura
y hacen que sus tronidos de dedos
me sean favorables”.

En la intimidad, presume
de que su título nobiliario,
que lleva el sello del Olimpo,
tiene al calce la firma de dos que tres
dioses favorables.

Ejerce, además, una falocracia sin adjetivos
que imagina al escroto
más que una canasta de huevos de cigüeña,
cofre donde oculta
la mayor de sus fortunas,
y no tiene empacho, cómo va a tenerlo,
en empuñar su rapaz cetro de carne

sobre lo que considera
manada de seres inferiores
-que gimen en la plaza pública
y son presas de la cobardía.

Les dice: eso que hacéis, oh criaturas
insoportables,

*“¿salvará a la ciudad y dará ánimo
a un ejército que está sitiado?”*.

No las comprende.

La miopía –que bebe tragos y más
tragos

del vino negro de la ceguera-

le impide intuir que la progenitora
de la especie,

la que junta pedacitos de carne

en su matriz
y hace miniaturas de ser
u homúnculos en ciernes,
no puede aprobar lo que forjan
las mentes y los brazos y los dedos
adictos a los campos de matanza.
Las amonesta: “¿Andar gimiendo y
vociferando
postradas ante esculturas de dioses
protectores de nuestra ciudad?
Todo esto resulta odioso
para las personas prudentes”.
Pero ellas ven más lejos.

A Yocasta y sus hijas
la luz les era más familiar.
El futuro, condescendiente,
las dejaba ver algo
-que no sería mucho
si nada más se apelaba al lloriqueo,
la quejumbre y el arretrato estéril.
Había que intervenir con actos,
con palabras, con presencia.
Ellas veían más, veían mejor
no sólo que las otras mujeres
ignaras y medrosas,
sino que los hombres, a quienes Ares
había llenado de tatuajes oscuros el corazón.

En una tregua entre los ejércitos
de los argivos y los tebanos

-en que una innumerable
mesnada de jinetes invasores
cercan la ciudad-

los dos hermanos, frente a frente,
intercambian palabras, argumentos
y miradas de odio.

Lo hacen ante a su madre que busca
entre las exageraciones estrafalarias
de la lucha de contrarios
la tierra santa de la reconciliación.

Cada uno dice sus razones.

Polinices, apartándose con su madre,
le refiere:

“A pesar del desprecio de Eteocles
por los derechos de progeneritura
que me correspondían,
convinimos en reinar un año cada
quien,
ser poseedores del cielo por temporadas.
Pero él inmediatamente se puso
en el lugar del caudillo
uniendo las manivelas del timón
con las líneas de la vida de sus manos,
lo cual me hizo ver que su trato con
los poderosos

le había contagiado esa enfermedad
incurable
que es el abuso,
la sinrazón,
el puñetazo del *porque sí* “.

A pesar de que él
había jurado por los dioses
devolver el cetro,
cuando vuelvo a exigir lo convenido
-para que la justicia no fuese
mera palabrería sobre el mar-,
mi hermano puso su negación
no sólo en el oscuro entubamiento de
su boca

sino en las siete puertas de la ciudad
cerradas a piedra y lodo”.

Polinices llega a decir a Yocasta:

“Haz que me reconcilie con los míos.

Tenemos la misma sangre”.

Mas en vez de la ilusión

se le hace

agua amarga la boca...

Mucho fue lo que argumentó Polinices
frente a Yocasta y a veces ante Eteocles.

“Si se logra la reconciliación –decía-

estoy dispuesto a retirar las escalas de

los muros,

a obligar a la potencia a desdecirse del

acto,

y a alejarme con mis tropas de nuestra
ciudad”

Pero su gran inquietud
-sentimiento en que dominaba
el hormigueo de la ansiedad-
era esquivar la maldición de Edipo,
hacer, si se pudiese, que el negro augurio
sufriera un derrame cerebral
antes de cumplirse.

Pero Eteocles, encarándolo, exclamó:
*“Si una misma cosa a todos pareciera
discreta y sabia, no cabrían entre los
hombres
agrias disputas”.*

El hombre, como dice el de Abdera,
es la medida de las cosas,
el que les unta la realidad
o el que las entreteje con lo invisible.
Pero no el Hombre con mayúscula,
no la generalización, la idea,
la flor y nata en la cabeza del filósofo,
sino el individuo,
el pronombre, en primera persona,
que arroja puñados de sentido
a diestra y siniestra.

Eteocles creía tener la razón.

Frente a los agresores,
era él y no otro, el guardián de
la ciudad cadmea.

Por eso espetó: *“en una palabra,
nada cedo. Lo conservo todo para mí...*

Me arde la cara de vergüenza

cuando veo a este hombre

que llega con gente armada

y viene con el ánimo de asolar

su propia tierra”

Eteocles poseía, en grado altísimo,

lo que podríamos llamar

-agarrando al vuelo con audacia

el precioso vocablo de lo exacto-

el *morbo apropiativo,*

el hambre descomunal por todo lo
apropiable

-cosas, ideas, gente-

hasta colmar las arcas construidas
por el deseo en llamas de sus manos.

Pertenece a las personas que querrían,
de poderse,

llevar bajo la axila,

los mejores crepúsculos

para adornar las paredes de su casa,

confiscar manantiales, ríos, lagunas

que escoden entre sus guijas

menudencias de cielo;

arrebatarse, con un zarpazo,

trozos de mundo,

caudas de maravillas,
pedazos de infinito.

Pero veamos.

Un error no puede ser combatido con
otro,
como querer apagar el fuego
con cubetazos de gasolina en
fingimiento de agua.

Y mucho menos un error importante
aunque no decisivo

(el afán de poder de Eteocles)

debe generar un yerro de mayor
calibre

(Polinices llega con apoyo extranjero

a combatir a los suyos).

Cierto que Eteocles faltó a su palabra

y a su juramento a los dioses

-y fue el iniciador

qué duda cabe

de la disonancia que rompió

en ruidosos añicos la armonía-,

pero Polinices, enfurecido

por las garras en ristre de la perversidad,

cayó aún más bajo

traicionando a su pueblo,

siendo como el viejo dragón de la

caverna,

hijo de los Titanes,

vuelto a nacer,

parido por el tiempo para aletear,
chimuelo, su venganza.

Amén de su sagacidad,
la reina tenía destrezas manuales
para arreglar las cosas:
aguamaniles divorciados de las manos
sucias,
juguetes descompuestos por lo efímero,
relojes de arena, clepsidras,
zampoñas atragantadas de bemoles
y estridencias hechas polvo;
pulía plumas de ganso

y, ante los matrimonios mal avenidos,
pugnaba porque los cónyuges
se contentaran nuevamente
a la vuelta de un beso.

Por esa razón, y un nuevo espíritu
que había surgido en ella
como uno de los regalos de sus dioses
domésticos,
pensó la muy ingenua que,
en teniendo frente a frente a sus hijos,
y hallándose delante uno del otro,
iba a poder persuadirlos
de la necesidad de abandonar sus obsesiones
-que eran el caldo de cultivo de esas iras

ubicadas en los andenes del zarpazo-
y poner otras terquedades, de buen signo,
donde hacían falta,

como cuando se acompañan primorosos

objetos de cristal

con su instinto de conservación

algodonada

y no con chivos en cristalería.

Yocasta dijo para sí:

“No voy a llorar. Todo esbozo de lágrima

naufragará en la comisura

de mis ojos.

No voy a llorar.

Yo puedo componer la situación

y que vayan este par de locos

al redil de la cordura,
al gimnasio de razones y sinrazones
de la sensatez,
a la parálisis estatuaria
de dos camisas de fuerza
que encarcelen las acciones
que el egoísmo depredador de ambos
cosquillea en los músculos
y se gesta en la frente.
No en vano soy su madre.
No en vano los dolores del parto
modelaron su figura.
No voy a llorar.
Los dos se me parecen
y se parecen entre sí.

Heredaron un manojo
análogo y distinto
de mis cualidades y defectos.
Eteocles se arrodilla ante la más execrable
de las diosas -la *ambición*-
y se lo voy a restregar en las orejas
hasta que su tímpano
deje de hacerse el indiferente,
el obnubilado,
el 'yo no tengo nada que ver con eso',
o el que, papando moscas,
luce su sordera táctica
como la muralla invisible
de su codicia.
No voy a llorar.

Polinices es un verdadero demente.

¿A quién se le ocurre,

acicateado por el *rencor*

-otro numen funesto del Olimpo-

venir a devastar a Tebas?

Pero ¿cómo deshacer el embrollo,

cómo lograr una aleación

del aire que respiramos con la buena

conducta

que se esconde hasta debajo

de las piedras?

¿Cómo hacer que la gente se retracte,

se desdiga de los embustes

que su brújula, desorientada,

ha venido machacando?

El *rencor* de Polinices

no es un rencor cualquiera,

-un acíbar en las rocas

que bebe el agraviado-,

sino que es un *rencor ambicioso*

(que en algo se confunde

con la avidez de Eteocles)

y la pasión de este último

no es sólo el frenesí

de un descomunal alargamiento de manos

para atraer al corral de lo propio

todo lo que en la atalaya vislumbra el

catalejo,

sino también es una *ambición rencorosa*,

como el agravio inolvidable en que

Eteocles

se ha sentido siempre desplazado

por los derechos de progenitura

que al menor descuido lo desnudan de

piel

para darle latigazos en la carne viva.

¿Cómo destruir el embrollo?”

Ante su progenie,

las palabras de Yocasta perdieron

el sentido,

volviéronse puro aire ya sin letras,

se ensimismaron en la boca, hasta

tornarse

el nudo (no gordiano) en la garganta
de su mudez vencida.

El acoso broncíneo de los dánaos
hace temer la próxima caída
de la ciudad.

Se podría decir, ay, que Tebas
se halla sólo a un suspiro
de dar de pies a boca con la nada.

Todo depende del estado de ánimo de Ares
y de los trabajos y los días
de las Erinis, las “diosas de la muerte”.

Creonte, tronándose los dedos,

y tomando el pulso a sus temores,
se entrevista con Tiresias
-tan anciano e invidente como Edipo-
y, en compañía de su sostén filial,
tan amoroso como el báculo
(hecho con la madera fina de la ternura)
o como la brújula-irradiante-de-luz
(de su sentido de orientación),
que gozaba la mazmorra peregrina
del rey ciego.

Tiresias, ciego, sí,
pero vidente desorbitado,
sin cataratas en el tercer ojo,
oye las preocupaciones de Creonte,

no como quien oye llover,
sino como quien tiene ante sí
un *diluvio de fuego*.

¿Cómo hacerle para no perder la guerra
y con la guerra todo, lo que se dice todo?
Esta era la pregunta,
la zozobra entre signos de interrogación,
que embargaba a Creonte.

Tiresias, que había buscado
en las entrañas de los jabalíes y las
reses,
en el vuelo de las aves,
y en los ideogramas de las yerbas de te,
el velado rostro y la voz en sordina
del futuro,

le dice a Creonte que la única forma
en que no perezca Tebas
envuelta en las llamas de la derrota,
es que uno de sus hijos se sacrifique,
se autoinmole,
dé su vida a torcer.

Creonte tenía dos hijos:
Meneceo, que hereda el apelativo
del padre de su padre,
y Hemón, novio de Antígona,
y tan dulce y duro como canto de protesta.
Creonte, con toda su ampulosa majestad
y el dominio que, flagelo en vilo,
tenía de sí propio,
al oír a Tiresias,
se volvió de repente un detritus,

con sus entrañas en completo
desbarajuste
y en los bordes de un autismo emparedado
sin una sola rendija
por la que se colara el aire puro.
El joven escucha los decires de Tiresias,
se le revuelve el alma en el matraz del
corazón,
pero, al sentir el aleteo
de la paz en sus entrañas,
decide dar su vida a favor de su gente:
y en una de las puertas,
descobijado de la precaución
y con la valentía
ascendiendo hasta el último peldaño
de la temeridad,
salvó a la tribu de Cadmo,

a las mujeres y hombres de tierra,
a quienes el lloro, que nace
ante la cercanía del infortunio,
estaba convirtiendo
en pedazos de limo, prestos a cuartearse,
diluirse, deshacerse
en su anonadamiento.

Hipnotizados por la curiosidad,
los testigos de la guerra
narran, en los linderos de la fantasía,
que cuando los guerreros de Adrasto
se vieron frente a las puertas tebanas,

se elevó, con el polvo conjurado
por las pezuñas de los corceles,
un águila gigantesca
del tamaño de lo inverosímil
que, lanzando graznidos,
venía en picada de muerte
contra los cadmeos,
pero que la tierra, abonada
por la próxima debacle,
resucitó al dragón ancestral y originario
para defender lo propio.
Añaden los testigos que,
si no los pueblos,
sí los espíritus de los pueblos
entablaron un duelo a muerte

en un cielo en pie de guerra.

Dicen también que,

al tronar de dedos del destino,

en el instante en que Meneceo

dejaba la precaución al cuidado del olvido

para ofrendar su vida,

los dos animales fantasmagóricos

en celestial pugilato,

detuvieron de golpe su frenética iracundia

y, deviniendo amorfos,

cayeron, como lluvia de líneas y colores

sin orden, ni concordia, ni sentido

fecundados por la nada.

A poco, los mandos de las huestes
decidieron que el litigio
entre los espartanos y los labdácidas
se resolviese con un duelo
entre Polinices y Eteocles
(algo así como la feliz idea
de los reyes de Roma y Alba Longa
de que la lucha entre sus reinos
no fuese sostenida por las mesnadas
-con su precio de sangre y ataúdes-
sino por los Horacios y los Curacios.
Algo parecido.

Ambos eran diestros con la espada.

Donde ponían el ojo, ponían

la pudrición de la carne,

los aullidos de despedida

y los primeros murmurios

del cantar victoria.

Uno, Eteocles, tenía la fuerza

del viento que derrumba los árboles

y hace de la distancia más corta entre dos

puertos

el navío-que-despliega-el-velamen

de la línea recta.

Otro, Polinices, era la agilidad

por antonomasia.

Tenía puntos cardinales suspensivos

en redor de sus pies.

Cada uno estaba pendiente de un
descuido del otro.

Era en realidad un duelo de guadañas.

Eteocles se tiró a fondo
y en una rendija casi invisible
de la defensa de su hermano,
penetró su cuerpo, expuesto apenas,
que tuvo en la epidermis
la más amable de las anfitrionas,
con la bienvenida y los brazos abiertos
de la piel sin escudos.

Mas al atacar, descubijó en un punto la
defensa,

lo cual permitió que Polinices, agonizante,
pugnando por hacer coincidir
el último golpe con su último suspiro,
hendió el metal en su adversario
e hizo que brotara de la herida
un borbotón de sangre que,
arremolinada y veloz,
dejaba al Ismeno y al Dirce
en calidad de riachuelos perezosos,
desfallecidos, con las pezuñas rotas
y encarnando una nostalgia
por el coágulo del limo.

En el momento en que sus vástagos
se arrojan a destruirse mutuamente

o en el que cada uno
se transmuta de víctima en verdugo
y de verdugo en víctima,
llegó al fortín donde acaecía el duelo
la madre dolorosa.

Se detuvo. Vio a izquierda y a derecha.
y al leer en el papiro de la palidez facial
de su par de locos
la escritura borrosa de la vecindad
de la muerte
delineada con la tinta caliginosa del Tártaro,
gimió: “Hijos , llego tarde.

Ya no tengo en todo mi repertorio de
palabras

una sola,

ni la más elocuente,
ni la más amorosa que pudiera hallarse
en los diccionarios de Afrodita,
ni la más sabia en menesteres de
resurrección,
que sirva de algo.

Si la digo: será una estatua de aire,
sin más consistencia que la de un
suspiro

más breve que el más breve
de los segundos”.

Eteocles alcanzó a distinguir
la voz de Yocasta.

La voz más distante que pudo oír en vida.

Entre estertor y estertor

y en un relámpago de lucidez
logró percibirla;
en su último parpadeo, vio a su madre,
le tendió la mano,
languidecente, sudorosa y yerta,
pero con el impulso heroico,
aunque inútil,
del que lucha por agarrarse
de los bordes huidizos del aquende.
Ya ni siquiera pudo decir:
esta callada boca es mía.
Sólo hablaron los ojos
pero de modo rapidísimo,
incomprensible,
en otro idioma.

Polinices tuvo una más larga agonía.

Una lucha cuerpo a cuerpo,

mente a mente,

entre el ser y el no ser,

entre el pulso y la inmovilidad

triunfante

del sudario.

Viendo a su progenitora y a Antígona,

logró balbucir:

“Madre, sepúltame y tú también,

hermana mía,

en la tierra de mis padres...

¡Pueda yo al menos obtener un rincón

en la tierra de mi patria”.

Después el silencio devoró su boca
y a continuación la eternidad
devoró su silencio.

Muerte de Yocasta

Al ver la mujer los restos de sus hijos
desangrándose en la tierra,
pensó en tomar una de sus espadas
y hundírsela en el vientre
-como áspid de metal emponzoñado
por la estricta agudeza de su punta-;
pero no se sintió capaz de suicidarse
por obra y desgracia del instrumento
con que uno de sus hijos
matará a su homicida
consumando un empate
que condujo a los dos
al reino de las sombras.

Yocasta corrió al palacio.

Ante la masacre familiar,

y el resurgir de su vieja culpa

-el cáncer en estampida

abriéndose paso por todos sus órganos-

bebió agua de un recipiente

-medio litro adelantado del Leteo-,

introdujo en su boca un manojo de

semillas,

de las que producen primero somnolencia

y después el difícil camino hacia la muerte,

empedrado de estertores...

y bebió sorbo a sorbo la oceánica negrura

de sus dormires apiñados.

Pero la vida, agónica, transformada en
guerrera,
le reparó las averías del pulso,
y, sacudiéndole los hombros a su instinto,
la volvió a la realidad.

Enloquecida, dio vueltas por la casa
hasta encontrar el árbol.

En el jardín contiguo a la cámara nupcial,
había , sí, un árbol, que el hijo-esposo,
apasionado de la naturaleza
desde que el Citerón
lo acogiera con dedos maternales,
había mandado plantar a su jardinero,
feliz de que podía tener con él,
tan pródigo de emplumados agudos

y chasquidos de viento,
muchos y diversos temas de conversación.

La madre fue tras una cuerda que se
retorcía
como áspid venenoso en su escondite,
la colgó de la rama gruesa del árbol
y, descubriéndose,
se la puso como collar de su postrer
aliento.

Se subió al mínimo cadalso de un
taburete
y, sin demasiada elegancia,
con un eficaz puntapié
lo arrojó lejos de sí.
La ley de gravedad

fue la cómplice entrometida,
despiadada,
de su muerte,
la cual se debió al peso del cuerpo
y una cuerda se rehusa a deshilacharse,
como las manos que,
estando en la faena de la estrangulación,
no se detienen ante la duda.

ULTIMA ESTANCIA

Antígona de nuevo

Una vez difuntos Eteocles y Polinices,
con los labios un tanto separados
por las mariposas muertas
del hálito perdido;
los dos con los ojos abiertos
y transformados en materia inánime
como piedras gelatinosas,
con sus mirares fallecidos y sepultos
en las retinas
y el maravilloso receptáculo de la luz
vuelto tan exangüe
como una flor marchita,

un botón de puerta enmohecido,
un libraco que se vuelve florilegio de
polillas;
una vez difuntos,
se forma espontáneamente
un cortejo fúnebre
que entra en la ciudad
para dar la debida sepultura a los
hermanos.

En eso están, cuando llega el edicto de
Creonte
-quien afirma que esta ley,
este “cúmplase contra viento y marea”,
no es producto sólo de su decisión,
sino encargo de Eteocles-

que dice puntualmente:

“Mientras al hijo menor de Edipo

debe dársele sepultura

(con las debidas honras fúnebres,

los lamentos de *‘tonos agudos’*

de las plañideras

y los servicios

para que la nave de velas oscuras

que conduce a las almas por el

Aqueronte

‘hacia el mundo sin sol’

lo haga sin tropiezos),

a Polinices no debe erigírsele un túmulo

dentro de Tebas,

sino dejarlo a campo abierto,

para que sea pasto de las aves alígeras
y los perros y chacales
que en las narices tienen la brújula
olfativa

para hallar los inicios
del encuentro feliz con la carroña”.

Antígona, en diálogo con su hermana,
asienta que Creonte ha mandado

“a voz de pregón”

que no se dé enterramiento a Polinices
y que, a quien falte a dicho mandato,
será sometido a la lluvia horizontal
de la lapidación.

¿El Estado tiene derechos
sobre los despojos humanos
donde la existencia, embarcada en la sangre,
se ha perdido en la hemorragia?
Si hay un ámbito familiar
donde *la polis* no debe inmiscuirse
-porque el amor, los celos,
los temores nocturnos
y los júbilos que bailan en las fiestas
no competen al monarca-,
en la muerte -lo más privado de todo-
¿cómo ha de tener lo público
vela en el entierro?

Los cadáveres no pertenecen al Estado
sino a la esfera familiar.

No a Creonte, sino a Antígona.

Lo mismo el nacimiento:

pues se nace del nudo sudoroso
que puede tener lugar a orillas del Dirce,
bajo la corpulencia bonachona de un laurel
o en el sureste empinado de una cama,
y no como la caricia y los besos
que de súbito azuzan al esperma,
de dos disposiciones gubernamentales.

La verdad sea dicha: en todas las moradas
del universo mundo,
en todititas,
el Estado,
es visto con recelo,

aunque el poder brinque al compás
de las fanfarrias de la demagogia.

La desgracia es que éste
quiere absorberlo todo:

privatizar los pastizales,

los cenotes sagrados donde se baña
el centro de la tierra,

los ríos en que boga la nave del

gerundio.

Fagocitar a toda oruga que camina midiendo
los dulces centímetros de su itinerario.

La autonomía le produce náuseas,

el ideal anarquista

-el motín de la tierra contra el cielo-

le da la sensación no sólo de que tiene
pies de barro,

sino de ir y venir por parajes

de tierra movediza.

La hoguera,
la guillotina,
la lapidación,
el calabozo-cripta,
son algunas de las órdenes
caídas de su cielo
para que nadie, nadie, nadie
quede lejos de sus manos ubicuas.

Antígona se acerca a Ismene para mostrarle
su interés por honrar los restos
de su común hermano.

Y para saber si cuenta con ella.

“Perteneceemos a la misma rama

y por nuestras venas
corre la savia roja que se mueve
al soplo del aire de familia” le dice.

Al principio, pareciera que Ismene
coincide con su hermana.

Generalmente las cuita de las dos
se citan a las puertas del mismo

sentimiento.

Pero, ante ciertas vacilaciones de

Ismene,

Antígona la reta: “ahora mostrarás
si eres *noble o si, hija de nobles,*
eres villana”.

¿Noble o villana, a pesar de ser

princesa? ¿Aristócrata de nacimiento
u obra del flamígero dedazo de los dioses
aunque sin aval en la conducta,
en el plebeyo hacer del día con día?
Un interrogar, sí, con todas sus vocales
incendiadas.

Antígona, arrojando a la cara de Ismene
este puñado de signos de interrogación,
miróla de frente, con un mirar
que, sin pedir permiso
a los párpados custodios de su
hermana,
hundióse hasta el arcón de los
secretos
sepulto en su más honda intimidad.

Ismene tomó la palabra
arguyendo, como tantas y tantos,
que la fragilidad y la pequeñez
conducen a la sumisión
que produce, a lo largo de la historia,
frente al patriarca y al Estado,
un dolor indescriptible de rodillas.

Antígona la mira con tristeza
y ya no insiste.

Su hermana escondió la cobardía
tras de la puerta de la perorata,
y dijo: *“solitas como hemos quedado
¿qué muerte más atroz no nos espera,
dime, si, a despecho de la ley,
desafiamos los edictos y el poder*

del tirano?

Y sin detenerse:

*“Hay que acordarse, Antígona,
que hemos nacido mujeres
y que no podemos luchar contra
hombres”.*

No es lo mismo el justo medio
que la medianía.

En tanto el justo medio

-el estagirita dixit-

es la cordura entre dos demencias,

la medianía es un invernadero

de lugares comunes.

En Ismene, comenta Goethe a

Eckermann:

Sófocles ofreció *“una bella medida de lo corriente, de lo ordinario”*.

Tal vez exageraba.

A Ismene Antígona le produce

una epidemia de perplejidad

con furores de demencia:

por eso no tiene reparos en decirle:

*“El corazón te arde –querida-
y en cosas que hielan”*.

Sea como sea,

Ismene no quiere perder la calma,

la razón y hasta la vida.

No tiene en su cuerpo ninguna célula

de mártir.

Antígona desafía los edictos
y el poder del tirano. Sus blasfemias,
de alas cortas,
no vuelan hasta el Olimpo,
sino hasta la cúpula del poder,
ese Cielo agusanado en miniatura.
La doncella capta de golpe,
con los ojos de lince de su espíritu censor,
la diferencia entre la legalidad
y lo legítimo.
Así como el cielo sugiere nubes,

nos sobrecoge con el parpadeo del
relámpago;
nos transforma en húmedos espectros,
nos amedrenta,
nos hace ver si hay preces
en el hondón anímico,
nos convierte en árboles que caminan
deshechos en lágrimas,
y nos destrozan con el feroz manotazo
de su descarga eléctrica,
el Estado dicta preceptos,
prorrumpe en aguacero de leyes
y hace de lo arbitrario
la eminencia gris de su legislación.
“Al que la sociedad ha colocado en el trono,

*a ese hay que obedecerlo,
en lo pequeño y en lo justo
y en lo que no lo es”* llega a decir Creonte
engolosinado por sus propias palabras.

Eso llega a decir.

Pero Antígona sabe que la ley
sin el meollo de la justicia,
sin la *voluntad general*,
sin consistencia,
sin los deseos del poverío
agitándose en sus entrañas,
sin los sueños empuñados por la tribu,
es un sumario no sólo de órdenes
irracionales,
caprichosas,

sino la forma jurídica que asumen
los desplantes,
las atropellos,
la espumosa violencia de la rabia,
las patologías del príncipe.

No enterrar a Polinices en la ciudad
es la precepto,
lo irrecusable,
el manotazo de órdenes espurias,
la vorágine de espinas;
ya que, en palabras de la princesa:
*“Polinices fue maltratado
y respondió, a su vez, con maltratos”.*

¿Por qué leer la maldad sólo en una
parte
como si dos encarnaciones de lo gris
se vieran como lo negro por un lado
y lo blanco por el otro?

¿Por qué no considerar
a los dos jóvenes con sus cualidades
y defectos?

Un guardián trae, atada de manos,
a la princesa rebelde. La dignidad,
incólume, añadiéndole centímetros
al orgullo,

brota por los poros de la presa.

La llevan ante Creonte,

el nuevo rey de Tebas.

Éste la ve con un rencor concentrado

en el rabillo del ojo.

La acusa de igualar al héroe y al perjuro:

a Eteocles, defensor y gloria de la patria,

y a Polinices

que firmó un pacto de sangre envenenada

con los espartanos.

Y que es culpable de algo más:

de hacer oídos sordos a las leyes de su patria.

La muchacha insiste en que los hijos de

Edipo,

al igual que todos los humanos, o casi,
tienen en su conducta claroscuros,
ambigüedades,
confusiones,
y que debemos acostumbrar
a nuestro ojos,
instruirlos,
no solamente a ver sino a mirar,
a comer con los ojos,
a ceñir una mordaza de siete llaves
a la apariencia.

Los tiranos están ciegos de remate.

El afán posesivo coloca

los muros en miniatura de sendas cataratas
en sus pupilas y obliga a la luz
a esconderse debajo de las piedras.

“Los tiranos dicen y hacen, impunes,

lo que les viene en gana”,
replica Antígona.

Creonte no ve a sus sobrinos como son
-agua turbia que ignora los cedazos-
ni cae en cuenta que la mitad de los dirceos
reprueba sus despóticas acciones
y se burla de sus normas.

Irritado, golpeándose la frente
para sacudir cualquier concesión
a las argucias femeninas, exclama:

*“Y no te da vergüenza pensar
tan distinto de los otros?”.*

Antígona no se rebaja a responder
al improprio, a la vulgaridad
que se enreda en los dientes de su tío,
porque no quiere despeñarse

al nivel de la bajeza de los encumbrados.

Creonte y Antígona

mantienen un diálogo de sordos,

con superávit de lenguas

y déficit de tímpanos.

De sus bocas surgen

borbotones de palabras;

pero apenas salidas

contraen en el aire

los más patógenos virus de la

incomunicación

y caen como aves-del-aliento

secas,
despellejadas,
sin sentido,
roto el cascarón que se abre
mostrando la osamenta del silencio.

El rey y la princesa discuten al borde del
abismo.

Ella pronto va a caer por el resbaloso
terregal de la agonía
y tendrá que rendir cuentas
ante los jueces supremos del Erebo
(Minos, Eaco y Radamanto),
quienes, al insistir que
“hay que tratar igualmente a los iguales

y desigualmente a los desiguales
en proporción a su desigualdad”,
llaman al orden al caos,
al desbarajuste,
al sinsetido,
a lo que no tiene
ni cabeza (para planear futuros)
ni pies (para llevarlos a cabo).

Pero él ignora
que, al castigar a Antígona,
va a sufrir el mayor dolor de su existencia
y que sus palabras grandilocuentes
-nacidas para cohabitar con el micrófono-
se volverán gemidos.

Ismene, preocupada,
con una corona de dudas,
se entrevista nuevamente con Antígona.
Ya ha habido entre las dos
un desencuentro,
quizás una desavenencia:
ante la solicitud de Antígona
para que su hermana la ayudase
a dar sepultura a Polinices,
ella se había negado. Había dicho:
“entre mi persona y el cielo , querida,
hay incompatibilidad de caracteres.

La locura no es mi negocio”.

Pero Ismene no sabe qué hacer,

dónde ubicarse,

qué palabras tener listas debajo de la

lengua

para enfrentar al momento,

al vendaval de segundos,

al tirano en pie de cólera.

Quiere ser como su hermana,

sueña con seguirla,

y hasta llega a musitar:

“no me prives de la gloria de morir

contigo

y rendir tributo al muerto”.

Se siente culpable de no haberse

sentido culpable, de echar en saco roto
su responsabilidad.

Le echa la culpa

a su corazón,

a la forma imperfecta en que su

valentía

fue educada.

Pero Antígona ya no le cree.

La acusa de exaltar los decires,

amamantarlos con leche y miel,

y olvidar la acción.

Entre el dicho y el hecho

tiende su tienda de campaña

la cobardía.

La princesa habla con Ismene

pero también consigo misma:

ayer aduje: *“yo sola daré
sepultura al hermano de mi alma”*.

“Lo aduje y tú callaste”.

Añade: *“Tu escogiste vivir, yo preferí
morir”*.

Y de modo contundente:

*“A ti te aprueba un mundo,
a mi otro”*.

La joven se va creciendo

a medida que la tragedia llega a su

plenitud

y entabla el duelo a primera muerte

entre lo privado y lo público:

afirma su femineidad

frente a los hombres,

su autonomía frente al poder,

su nobleza frente a una legislación tan andrajosa como criminal.

Ismene, conformista, sufre del infantilismo de la dependencia, de la “cordura” de aceptar las cosas como son.

Creonte, en un principio, se imagina que ambas piensan en el fondo de igual manera y que sus sentimientos, con sus manos espirituales juntas, caminan al mismo compás y con idéntico sentido de orientación. De ahí sus palabras:

*“estas dos chiquillas están locas,
la una desde hace un momento,
la otra desde que vino al mundo”.*

Ismene no las trae todas consigo.

Duda de Antígona, la cree exagerada,
irracional , loca.

Pero la quiere y la respeta.

Y no sabe qué hacer con el alma frágil,
menuda, medrosa

que esconde ella misma en sus adentros.

Desconfiando más aún del rey,

que negaba a Polinices los servicios

para acudir sin trámites al allende

y tener a la mano la otra orilla,

lo detesta,

le repugna,
y, con el puñal del odio a mano alzada,
le predice que, con el decreto,
ha de matar a Hemón, el novio
de Antígona y su entrañable fruto.
Ismene habría querido ser fiel a Antígona
como las lágrimas nonatas de sus ojos
(compungidos, encinta)
lo eran a la pesada pesadumbre
de su indecisión.
Pero no podía.
Aun estando llorosa, no podía.
Creonte, encaramado en su delirio,
y balbuciendo incoherencias,
preces de manicomio,
criaturas de una lengua enloquecida
por los atisbos del nudo en la garganta,

arguye: *“para mis hijos no quiero mujeres malvadas”*.

¿Mujeres malvadas? ¿Antígona, mujer malvada?

¿Joven que tiene en lo oscuro negociaciones con sus malos instintos?

¿Ismene,

pese a tornar al redil de la obediencia y ser incluso perdonada por Creonte, es, por Dios, alguien ruin?

Es cierto que su conducta difiere de la de Antígona;

pero ella, que dubita,

se exprime el corazón entre las manos y maldice las desorientaciones de su

brújula,

¿puede ser tratada así?

¿Quién tiene la razón: Creonte,
que ve a su sobrino como un traidor
que trajo hasta la inmediaciones de
Tebas

la amenaza foránea,
o Antígona que insiste
en que no han de olvidarse
los engaños de que fue víctima Polinices
(desdén a su primogenitura
y violación del acuerdo de la entrega
del trono en el tiempo convenido)?
Como el bien no está sólo en una parte

y el mal en otra,
como la izquierda y la derecha
o el este y el oeste,
los muertos deben ser tratados
de acuerdo con la tradición.

Antígona desgañita su verdad

y toma en cuenta, no las “razones de
Estado”,
las que se fraguan en la cúspide de la
pirámide,
a orillitas del cielo,
sino las que coinciden “a ras de tierra”
con el amor fraterno y las costumbres
familiares.

El poder público no proporciona, no,
el primer bocado de oxígeno
que saborean los pulmones del que nace,
ni los picos de cigüeña de sus cuchillas
cortan su cordón umbilical.

El gran amor de Antígona por Polinices,
ha hecho creer a algunos que iba por el lado
del valiente desorden del incesto,
lo cual no era imposible en una familia
que heredaba sin menguar los “malos
pasos”-

Pero no. Su actitud amorosa
sólo se hallaba entretejida

con dicha apariencia,
no con el telón de fondo de la realidad.
Era un amor fraterno,
enclaustrado en su definición,
con el aire de la ternura golpeándole las
sienes

y en que Afrodita
por más que trató, no pudo hallar
la puerta, la llave o el resquicio
para introducirse.

La luna, velada por las nubes,
escatima su luz y crea en la tierra

la atmósfera oscura, acogedora,
que, con su negrura a cántaros,
propicia el sueño colectivo.

Antígona, con los pies desnudos y en
puntillas,
como suele caminar el silencio
en los panteones,
salva la puerta
y se dirige al lugar donde reposa
el cadáver de su hermano.

Puede hacerlo –son las tres de la mañana–
porque los centinelas de la puerta
están dormidos como el mar
cuando el aire, presa de cansancio,
logra sólo subirse

al potrillo macilento de la brisa.

El sitio se halla en un punto

entre Tebas y el Dirce,

no lejos de un granado

que, al percibir su entorno,

hace comentarios sangrientos.

Polinices -una larga blancura

sólo interrumpida por los trazos de carbón

de las ojeras-

yace a la intemperie.

Intemperie quiere decir

no sólo el airecillo perfumado de la noche,

no sólo la constelación de luciérnagas

que hace del mundo metáfora del

firmamento,

o los grillos que en el hilo de un rosario
desgranán sus elegías en clave de luna;
intemperie significa más bien
canes famélicos,
buitres que revolotean alrededor
de la putrefacción recién nacida,
chacales que, si no hallan la carroña
que pide a gritos su avidez,
inaugurarían la autofagia.

Antígona limpia el cadáver, lo envuelve,
lo espolvorea,
derrama sobre él
las libaciones sepulcrales
y coloca entre sus labios
el óbolo que Caronte,

mercader de la muerte,
exige para acceder al Averno.

¿Por qué nuestra Antígona,
sola y su alma,

sin nadie que la ayude,

trata con tamaña delicadeza

el cuerpo recién fallecido de su hermano?

Hay dos motivaciones:

una tradicional, otra religiosa.

Todos los miembros de la familia,

hicieren lo que hicieren,

deberían ser sepultados.

Excepciones:

sólo quienes cargaran en hombros,

a guisa de corcova,

una culpa del tamaño de lo abominable,
que repugnara a los cielos y la tierra.

No era el caso de Polinices.

Como los opositores se equilibraban
en cualidades y deficiencias

-ninguno se había matrimoniado

con la maldad, siéndole fiel

en obra y pensamiento-

era injusto (y ahí se hallaba Temis

para decidirlo) que a uno

se rindieran los honores

mortuorios habituales,

y al otro, ay, se le dejara

al cuidado de la intemperie.

La joven quería a Polinices,
pero no de modo preferente:
no esperaba que a Eteocles se le tratase
con desprecio
y a Polinices con ternura,
no,
sino que se oponía al trato discrecional
del déspota,
a los caprichos del que se halla
“mareado de cielo” ,
al “hágase lo que mando, que en precio
supera mi saliva al oro”.

Antígona deseaba hacer a Polinices
el tránsito más fácil,
que su ruta al más allá se deslizase

por obra y gracia de los santos óleos:
que nada le impidiese
llevar su *sombra* a cuestras,
depositarla en el bajel de Caronte
y esconder en un relicario
su último suspiro.

Dejar sin sepultura a Polinices
haría que su sombra
-un alma de cuerpo tan sutil
como aire emocionado-
vagara por las partes
misteriosas y espantables del planeta,
no podía permitirlo,
no dejaría de haber catástrofes
en su corazón,
no sabrían cruzarse de brazos sus
entrañas,

ni sus aullidos esconderse
bajo máscaras de sordina.
Si dejara al primogénito
a la buena de dios y del hambre
inmisericorde de sus bestias,
ello iría contra el honor del muerto
y el prestigio de la familia,
condenándolo además a convertirse
en ánima en pena,
espíritu vagabundo,
a la deriva, con las rutas
de sus pies enmarañados,
o espectro al que poco a poco
se le desmoronaran
todas y cada una de sus células,
y que (hallándose insepulto
y sin el óbolo requerido),

si tuviera la audacia de acercarse
al barquero Caronte
-el viejo navegante de la laguna estigia-
éste arremetería con su remo en su cabeza
impidiéndole acceder al otro mundo
y dejar para siempre
un territorio que,
fértil como madre de poeta,
salta del barbecho de amenazas
a la ópima vendimia de infortunios.

En llegando a este sitio,
resulta pertinente hacer notar
que el óbolo -pasaje al otro mundo-
no se devalúa,
ni padece de medrosos deslices,
porque, a lo que se sabe,

las *sombras* no están sometidas
al mercado, ni al juego prostituto
de la oferta y la demanda.

Es un pobre consuelo,
pero consuelo al fin,
como la nave de velas rotas
que con aguja, hilo y retazos de viento
favorable,
da con el modo de salvar la esperanza
del naufragio.

Antígona estaba segura
de que sus hermanos,
los dos,
tendrían acceso a los Hades.
Ella creía que los subterfugios de
Creonte

habían sido suprimidos
por el servicio amoroso de sus manos.
Ya sea en el Aqueronte o en el Estigio
los dos ocuparían su lugar de pasajeros
en la nave de velas negras
que, al golpe de un viento quemado
de filosa obsidiana,
va del aquende
(donde lleva la voz cantante
el relojillo de arena del pulso)
hasta el reino donde la eternidad
descompone,
desgerundia
todo reloj habido y por haber.
Llegarían al infierno, los recibiría
el divino guardián del allende,
quien los conduciría al tribunal supremo

formado por *Minos, Eaco y Radamanto*.

Ellos sabrían deliberar sin prejuicios,

sin los dados cargados,

sin proclamar decisiones

jaladas de los cabellos de la

arbitrariedad.

No mandarían a Eteocles a los Campos

Elíseos

y a Polinices al Tártaro y sus castigos.

A ambos les darían el mismo trato:

al igual que las danaides,

Sísifo,

Procusto,

Titio,

purgarían, por un tiempo, sus errores

en el Olimpo, los jueces

tienen como único y absoluto

mandamiento

la imparcialidad

-que pone a la preferencia en un

paréntesis

de manos asfixiantes-

y no son, no,

títeres,

siervos,

obediencia desenfrenada

del hambre que padecen los arcones

por el manjar redondo y amarillo.

Como la prenden, la inmovilizan
 atándole las muñecas,
 ya que *“se le ha cogido preparando la
 sepultura”*

y le dan trato de esclava,
 lo previamente pensado por Antígona
 eran, ay, tan sólo sueños
 sobre el destino de sus hermanos
 tras la muerte,
 delirios,
 lucubraciones de sus ansias,
 soltarle las riendas a una imaginación
 de apresuradas pezuñas.
 En realidad no pudo darle
 sepultura pertinente,
 como dios manda, a Polinices.

Le fue prohibido.

La obligaron a abandonar su faena
a medio hacer, como un sueño
que padece la pesadilla
del despertar.

Y las aves de carroña
y los perros famélicos
volvieron a las andadas,
a remover la pudrición del príncipe,
a reanudar el macabro festín
engullendo las menudencias del
aquende
que el hermano de Antígona
conservaba aún.

Tiresias de nuevo

Llevado por su lazarillo,
Tiresias se presenta a Creonte.
Ya no es aquel Tiresias,
a quien mandó llamar Edipo,
portador de las aleluyas de la juventud,
que, con brío y entusiasmo sin reposo,
jugaba con el misterio y recogía,
con sus redes de augur, los temblorosos
peces del porvenir.

Cierto es que los ojos los humanos
padecen del ensimismamiento de la miopía.
Cierto que hay miradas, sí,
que dan saltos olímpicos,

usan botas de siete leguas
y hasta se viven, en su megalomanía,
verdaderas descargas del telescopio a los
luceros.

Verdad es.

Pero todas, lo que se dice todas,
pierden las alas a la mitad del vuelo,
dan de frente con los muros de la apariiencia
y, grávidas, imantan su derrumbe
cayendo convertidas en basura
legañosa.

En cambio los ojos del augur,
pese a la edad y los temblores de su arte,
arañan el fenómeno hasta dar con la esencia
o escrutan el gerundio hasta sacarle
trozos de lo venidero.

Ahora había escuchado
un alboroto de aves de presa
que, en el campo de batalla de las nubes,
con sus picos y sus uñas
destruíanse entre sí.

Esto lo desconcertó, al ya no tener
amor a primera vista con el significado
oculto de las cosas.

Le hizo pensar
que una epidemia de mal agüero
asolaba la tierra de Lábdaco.

Para intentar ponerle un “hasta aquí”
al nefando augurio,
trató de ofrecer
sacrificios en el ara.

Mas el fuego era impotente
para inflamar las ofrendas
que parecían haber encarnado
el material de asbesto
con que las salamandras
se fabrican.

Eran, válgame dios,
como cocodrilos desdentados,
tímidos machetes,
iracundias de pronto contagiadas
por quien sabe qué anemia perniciosa.
Los augurios corrían al fracaso
con un sacrificio “obstinado en callar”.
“Esto se debe, dice Tiresias al rey,
a tu decisión *contra natura*,
al soplo autoritario de las sílabas
que forman tu dicterio,

ya que nuestros altares están atestados
de piltrafas del cadáver de Polinices
-traídas por las aves de presa
y los canes muertos de hambre”.

Tiresias, meditando en el sentido
de tamaños presagios,
llegó a la conclusión de que ello
vaticinaba
que habría de morir el hijo de Creonte.
Y, sin tapujos en la boca, la lengua y la
saliva,
así lo dijo al Basileus,
el cual quedó tan aturdido
que vínose hacia el suelo

lentamente

-como un árbol que sufriera

tempestad en las raíces-,

se le nublaron los ojos

y privo, por un instante, de existencia

al universo mundo.

Hemón

Como un aire envenenado
por el buitre que,
en pleno transcurso de descomposición,
rinde su último vuelo,
la mala noticia tenía que llegar
a oídos del hijo menor de Creonte,
tarde o temprano.

El joven amaba a Antígona desde niño,
desde que la oyó decir sus padeceres
con la sabiduría de un marinero que,
en medio del tumulto sin riendas
de la tempestad,
sube el velamen de su bajel e intercambia
vocablos amorosos con la brújula;

desde que la doncella,
se entregaba al baile, al canto, al morirse de
risa

uniendo las tres gracias en su cuerpo.

Desde que, en oposición
al aburrido plano de su tórax,
empezaron a insinuarse
dos montículos, de lechosa textura,
que buscaban, pudorosos, la atención
de las bocas.

Un día, púberos los dos,
pero con un ligero barniz de picardía
en zonas descubiertas o veladas de su piel,
decidieron bañarse en el Ismeno,
dejando sus pudores de lana, doblados,

a la orilla.

Al chapotear, sus sonrisas semejaban

responder

al sentido del humor de un agua juguetona
y sensible a las cosquillas.

Pusiéronse a oír

los dúos para pendiente y río

de la catarata,

y, con guantes de espuma,

descubrieron

que la más bella faena de la mano

es la caricia,

y después de compartir mendrugos de jabón

para limpiar todas sus partes

recónditas y nobles ,

se abrazaron,

y hubieran ido a más

si no es que Eurídice,
la madre del mozalbete,
pasó, distraída, por aquellos parajes
-sin ver abrazándose a los novios
empapados de agua y de deseo-,
lo cual obligó a que los jóvenes
se ocultaran a los ojos moralistas
de los usos y costumbres
y volvieran a la ciudad
sin dejaran de ser
el mozo y la doncella que
continuarían siendo,
cogidos de manos con la palabra siempre.

Creonte y Hemón

Creonte sabe del enojo de Hemón.

Alguien le informa que su entrañable hijo
bebe en las tabernas tarros de amargura
y empina el codo con su propia
rabia.

Creonte lo manda llamar y al tenerlo
frente a sí, dícele:

*“¿Será, hijo mío, que oyendo
la sentencia irrevocable
contra tu prometida,
vienes furioso contra tu padre?”.*

Hemón baja los ojos, se esconde
por un momento en sí mismo

y siente que su constante amiga,
la paciencia, tírale de la manga
para que no vaya a decir algo
de lo que pueda después arrepentirse.

Creonte continúa:

*“Deja , pues, a esa mozuela
y que se busque un novio en el Hades”.*

La ironía le agusana la boca
y dice lo anterior acompañándolo
de un carcajeo que las hienas
envidiarían si fuesen,
como simulan ser,
escondrijos de la maldad
y no inocentes criaturas naturales.

Hemón, como su prima Ismene,
era un joven conformista y adaptado.
Tuvo desde chiquillo como aya la obediencia.
Los rugidos del poder, lo arrojaban
a la sumisión y más aún,
cuando ese poder lo ejercía
su padre (que era para él
todo respeto y veneración), lo llevaba
a cortarse las uñas y esconder las
manos
en señal de una pertinaz y confiable
adaptación a lo existente.
De ahí que soportara el aguacero
de las soeces y tiránicas palabras de su
progenitor,

el cual estaba convencido
de que el buen rumbo de su buque
residía en una voluntad sin titubeos,
sin sangre donde los leucocitos
dieran su golpe de mano
y con el sentido de orientación
de sus dedos en el gobernalle.

*Sentencia: “Al que la sociedad ha
colocado en el trono,
a ese hay que obedecerle,
en lo pequeño y en lo justo
y en lo que no lo es”.*

Como notase Creonte que sus decires
confundían a su hijo
(quien empezaba a dar forma

de puño a su corazón
y de corazón a su puño),
dijo: *“no hay peste más enorme
que la desobediencia”*.

Para los de arriba, la insubordinación
es una enfermedad difícilmente curable,
como la diabetes,
como la sífilis,
la cefalea generada
por corona de espinas,
el cáncer y sus metástasis de angustia
y la arritmia en que sufre el corazón
un desmayo incontenible de latidos.
Es cambiarle al mandatario la tierra firme

por esa tierra movediza que produce mareos.

Y ante la perplejidad dubitativa del hijo,

proclama lapidariamente:

*“Hay que apoyar siempre el orden
establecido”.*

Aun abrazándose férreamente

como si fuera otro al que abrazara,

Hemón no puede detener el cambio

vertiginoso

que empieza a tener lugar

en sus entrañas,

simplemente no puede.

Pero hace un último intento y exige:

*“Tú deja a un lado la cólera,
y concédenos una revocación”.*

Cree, ingenuo, que entre las vivencias
de su padre,
detrás de algún estado de ánimo soberbio
se esconde la piedad,
el abrir la ventana,
el airear los andurriales de la mente,
el romper con la ceguera y la profusión
de miradas-para-adentro que forjan
el brutal egocentrismo de los mandatarios.
“Revoca el decreto”, se endurece el
joven.

Y el déspota: *“En la patria mando yo”* .
Hemón, ya colérico y en plena
subversión de sus ideales:
“no es patria lo que es posesión de un

solo hombre”.

Y ya tenemos aquí un Hemón cambiado,
que esconde la “decencia” bajo el
lecho,

que aplasta la sumisión
con la inmisericorde punta del zapato,
que descubre el sabor a miel
de la palabra *no*.

El joven que, para ser quien es
y llegar a donde está,
ha tenido que decidirse
entre Creonte y Antígona
y preferir asociar su destino al de ella,
con la decisión inquebrantable
-si lo empuja la rebelión
que le estalla pecho adentro-,
del que se arroja al circo

de los leones.

Creonte cae en la vulgaridad de añadir:
te encuentras *“¡subyugado por una mujer!”*
y también: *“eres juguete de una mujer”*.

Hemón, realista, arrojando al suelo
todas las esperanzas estrafalarias,
ridículas,
sin sentido

que guardaba en la frente,
dice las palabras decisivas: *“Bueno,
ella morirá, pero al morir
hará perecer a otro”*.

Y esas palabras se quedaron
flotando en el aire

como una nube amenazante, compungida,

encinta de futuro.

La forma en que Creonte
pensó castigar a la rebelde
no fue lapidarla hasta morir,
no herirla con mordiscos de laja,
como había pensado con anterioridad
cuando todos sus pensamientos
tomaron, inopinadamente, forma
de pedruscos, guijarros, lascas,
sino enterrarla viva
en una caverna de piedra,
sin más pitanza que la indispensable

para evitar un sacrilegio,
incautarle el oxígeno,
dejar a sus pulmones
lentamente
sin una sola migaja de aire puro.

Antígona fue acompañada
por la nobleza, la dignidad y la elegancia.
Iba a morir virgen, los placeres de la carne
se quedaron en veremos.

Sus zonas erógenas, desperdiciadas,
iban a morder el polvo.

Y la doncella,
sin haber perdido la virginidad
y sin conocer, triste designio,

ni las bellaquerías de la lengua,
ni los arrumacos del unicornio,
ni los embriagantes deslizamientos
de la culebra.

La princesa no ignoraba el rumbo
que, con la venda de la muerte en los
ojos,
sus pasos tendrían que seguir.

*“Que el Hades –decía-,
el que todo lo adormece,
me lleva a la rivera del Aqueronte”.*

Sus horas estaban contadas.

A la tormenta de polvo de su reloj
le seguiría el volátil granito de arena
de su último suspiro.

Pensando en Hemón, se lamentaba:

“Con el Aqueronte, ay, serán mis nupcias”.

Creonte ordenó que a la gruta rocosa,
subterránea,

donde enclaustraron a Antígona,

se negase el permiso

-en ese orden-

a los víveres,

al agua,

al oxígeno,

para que la desobediencia

fuera poco a poco languideciendo.

Deseaba incluso poner guardias de la
asfixia,
para que el aire se fuera adelgazando
hasta ser la tierra fértil del ahogo.
Y que no cupiera la menor duda
de que los latidos de la niña agonizaran
en los brazos de un corazón inmóvil,
con el propósito de que la Moira
no hallara pretexto
para volver los ojos a otra parte
y se le enmohecieran sus obligaciones
de dar el zarpazo a la enemiga personal
de sus designios.

“Qué hecho aborrecible
tener enterrada viva a mi novia
y dejar al exterior,
insepulto,
a Polinices.

Qué insensatez,
-decía Hemón.

Es ver a la polis como necrópolis
y viceversa
o sacar la oscuridad a la intemperie
y arrojar la luz a los brazos homicidas de su
antípoda”.

Un centinela, ciñéndose
el antifaz del anonimato
-un indescifrable
jeroglífico de facciones-
tras de sentir que la piedad le secuestraba
el corazón,
dejó una cuerda
a la mano de la cautiva e invencible joven.
Ella, viéndola, decidió ceder su cuerpo
a la implacable oscilación
de un movimiento pendular que no era
sino el puntual registro de los últimos
segundos de su tránsito.

Hemón, deshecho en lágrimas,
y con el caos de todos sus órganos internos,
se llegó a la caverna.

Y lo hizo en el preciso instante

en que Antígona,

el cordón en las manos

- un áspid con la implacable ponzoña

del estrangulamiento-

durante algunos veloces segundos,

parpadeó despedidas a su alrededor.

y, como Yocasta,

expiró poco a poco .

.

Hemón se abraza a su cintura
y maldice a su padre y también a la muerte
que qué saben del amor
ni han oído que la piedad
y la lástima -su dama de compañía-
oxigenan el aire y arrinconan el suplicio
en cualquier agujero.

Creonte , los pies adelantándose a la prisa,
se presenta en la tumba

y trata de arrancar a su hijo del lóbrego

recinto;

pero Hemón le escupe el rostro,

busca en su carcaj de maldiciones

la más ennegrecida y se la arroja al déspota;

saca su espada con la intención de matar a su

padre,

pero yerra, y entonces, desolado,
sintiendo el hambre del metal insatisfecha,
se la hunde en sí mismo.

Su inánime cuerpo,
se abraza al de su Antígona,
y, desangrándose,
se desliza poco a poco desde el regazo
hasta dar en los pies
de su adorada.

Coda

Eurídice y Creonte

sienten deshilachárseles el corazón

en sus adentros.

La reina corre, corre tras las benditas fauces,
puntiagudas,

de un puñal hambriento de granadas,

que hunde en su vientre

ahí donde su hijo recibió

su primera dádiva de instantes.

Él es presa de una culpa que,

famélico buitre de rapiña,

se le clava en la frente
y, de un golpe, le hace polvo
-un polvo ya vecino de la nada-
su granítica soberbia.

Pasando del lamento al clamor
y del clamor al lamento,
llora:

*“ Hijo mío! Tierno hijo, con temprana
muerte,
¡ Ay de mí!, ay de mí! has muerto,
has perecido, y por mi insensatez,
no por la tuya”.*

El tirano, ante la muerte
de su esposa y de su hijo,

no da con las palabras para decir
su pena
y el nudo en la garganta le produce
la náusea de un silencio
que querría y querría
mas no puede
irrumper en un vómito de letras.

Mira su espada,
se siente tentado a arrojarse al abismo,
centellante y oscuro, de su punta,
pero el temor, la ley y la moral
incrustados en sus huesos,
junto al barullo de sus ansias de vivir
que brota de su anatomía,

hacen añicos su decisión.

Al *trote* de unas cuantas horas
el rey cae en cuenta
de que ha perdido a su familia,
a los pilares de su identidad
y, para colmo,
que su mujer y su segundo vástago
lo habían hecho en la forma delictuosa
del suicidio,
usurpándole tareas a los Hades.
De repente piensa
-y el pecho se le llena de fémures y
tibias y trozos de carnuza-
que ninguno, no, ninguno

merecía ser sepultado
con honras fúnebres venerables,
ciudadanas,
y que la intemperie, famélica,
salvaje, carroñera,
debía dar cuenta de sus restos,
como, válgame Dios,
los de Polinices.

Al galope de unos cuantos minutos,
su familia, deshaciéndose,
va de lo *sólido* de las presencias
amorosas
(contar con los suyos,
su hogar, sus penates),

a una *líquida* sangre sin bridas
que inunda los alrededores
sin el menor empeño en coagular
residuos de existencia,
y tras ello,
y a la *carrera* de unos cuantos segundos,
se transmuta en lo *gaseoso*
de una huidiza humareda de fantasmas.
A la carrera, ay, de unos cuantos
segundos.

Pierde su altivez,
su mundo se colapsa pecho adentro,
su ímpetu de mandar se viene a pique.
Siente mareos y lo embarga el impulso

de devolver el erizo del “maldito
frenesí”
que, rasgando sus entrañas,
deja ver,
encajados,
jirones de lo propio en las espinas.
El afán de dominio
se le despelleja de las palmas de las
manos.

A la *fuga* de unos cuanto momentos
no sólo pierde su linaje,
su mundo,
su ansia de poder,
sino la cabeza:

el tiempo se le descarrila a media frente.

Su valor, con la tierra, se le torna

movedizo.

El juicio se le esconde

detrás de una imbécil risotada

y el delirio perfila los nuevos personajes

del drama que comienza

a desplegarse en su cerebro.

Sin avisar, el corto circuito del *de repente*

funde la instalación eléctrica de su cráneo,

y hace que, en agónico chisporroteo,

su lucidez -convulsa y finalmente paralizada-

se hunda para siempre en el pozo

de la eterna negrura.

Y su libre albedrío se le desmorona

entre las manos.

ÍNDICE

	<i>Pgs.</i>
Antesala	2
 <i>PRIMERA ESTANCIA</i>	
Isagoge	9
Capítulo primero	
Fundación de un pueblo	16
Los colmillos del dragón	22
Andanzas del primer burlador	43
Los primeros hombres	59
Las primeras mujeres	64
Dionisos	68
La muerte de Penteo	74

Capítulo segundo

Lábdaco **99**

SEGUNDA ESTANCIA**Capítulo tercero**

La ceguera de Edipo **122**

Capítulo cuarto

Antecedentes **130**

Capítulo quinto

La esfinge **151**

Capítulo sexto

La gloria de Edipo **169**

Capítulo séptimo

Calma y tempestad **203**

Capítulo octavo

Tiresias **210**

TERCERA ESTANCIA

Colono **228**

CUARTA ESTANCIA

La maldición de Edipo	288
Los siete contra Tebas	296
Muerte de Yocasta	346

ÚLTIMA ESTANCIA

Antígona de Nuevo	351
Tiresias de Nuevo	403
Hemón	409
Creonte y Hemón	413
Coda	432

México, D.F. 2015